

La Ilustración



Artística

AÑO XXIII

BARCELONA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1904

NÚM. 1.184

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA VIEJA, escultura de Augusto Rodin

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. — *Celebridades contemporáneas*, Rodin, por E. Zamacois. — *La pipa de cinco nudos*, cuento rocambolesco, por José Carner. — *Contraste*, por S. Gomila. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*, por R. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *La Zarzalera*, novela de P. Bertnay, con ilustraciones de Simont (continuación). — *El auto-volador*, por L. Fournier. — *El zúmo de limón como antiséptico*, por D. B. — *Libros y periódicos*.

Grabados.—*Una vieja*. Los ciudadanos de Calais. El pensador. Dos hermanos, esculturas de A. Rodin. — *El eminente escultor Augusto Rodin*. — *Guerra ruso-japonesa*. La víspera de la batalla de Ta-Chi-Kiao. El general Kuropatkin en la estación de Ta-Chi-Kiao. Únicos sobrevivientes del 5.º batallón de voluntarios siberianos en el combate de Telitsyn. Banda infantil organizada en Tokio para saludar a las tropas. Puerto Arthur y sus fortificaciones a vista de pájaro. — *Lavanderas*, acuarela de J. Ballarín. — *En la academia*, dibujo de Pedro Borrell. — Tres grabados que ilustran el artículo *El auto-volador*. — *Una maja en 1800*, cuadro de Joaquín Agravat. — *La visita de la Romería*, cuadro de Ignacio Díaz Olano.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los piquetazos de Amsterdam no han influido poco ni mucho en que decrezca la animación de la sociedad, no interrumpida durante estos meses de verano. La sociedad se divierte, se expansiona, mientras la minan y contraminan los zapadores del socialismo, aleccionados a la prudencia por Jaurés, y que le encuentran tibio, poco radical.

Hay más todavía. La sociedad ya casi ni vuelve la vista hacia el crecer continuo, tenaz, perseverante, del socialismo. Se ha conformado a que los socialistas la destruyan, bueno, pero no a que la aburran y entristezcan. La inmensa mayoría de las gentes nada quiere saber de estos congresos como el de Amsterdam, de estos meetings, de estas Asociaciones, de estas huelgas, de esta propaganda activísima que entrefiletea los diarios. Los gobernantes tienen que hacer que se enteran, pero rara vez va su interés más allá del ineficaz paliativo y del *après moi le déluge*, y un sistema de defensa organizado, diferente de las violencias represivas o del aplazamiento abúlico, sería sorprendente por lo inesperado y nuevo.

Mayor ansiedad que los trabajos socialistas despierta Puerto Arthur. Que esa plaza caiga o no en poder de los sitiadores, es cuestión muy cautivadora de la atención emocional. Nadie deja de preguntarse lleno de curiosidad: «La plaza, ¿capitulará o será tomada por asalto?» Que los nipones sean rechazados, nadie lo cree ni lo espera, por más rusófilo que se le sponga.

La señal del convencimiento de que se acerca la rendición o toma de la plaza, es que ya se ha acordado que salgan de ella las bocas inútiles, la gente civil. Largas caravanas de mujeres, viejos, niños, se retiran silenciosos, dejando solos a los defensores. Triste emigración, triste escena, pero prevención muy humanitaria, pues un asalto es horrible cosa. Desaparecen en él los instintos humanos y sale a plaza la fiera.

La guerra desencadena esta fiera que se oculta bajo todo hombre, lo cual demuestra hasta qué punto es errónea la teoría del criminal nato, favorita de la escuela antropológica contemporánea. Criminal nato lo es casi todo el mundo, y son las circunstancias, las influencias, lo que le impide revelarse. La guerra no crea almas nuevas; se reduce a desnudar de un revés las almas.

La ley del descanso dominical ha aparecido. ¡No sirve! No dispone el cierre dominical de las tabernas! Y faltando este requisito, poco ha de notarse en las costumbres la mejoría. No sé si diga que hasta es contraproducente la ley.

Empleamos obreros en el campo. Puedo observar de cerca su psicología. Desean, como es natural, el día de reposo; pero, llegado éste, se aburren, no saben qué hacerse para matar las horas. A resolverles el problema está la taberna, con sus seducciones bastas. No es que todos los obreros se emborrachen, ni está el mal en las borracheras precisamente, sino en la excitación malsana y grosera del aislamiento de los varones, encerrados en el bebedero y el jugadero, mientras la familia, las mujeres, se quedan en casa, en el abandono. Los hombres reunidos, dando al naípe, jactándose, barbarizando juntos—amén de la bebida,—¿qué va a salir de ahí? Lo que sale.

Hace pocos días, por calles céntricas de mi pueblo, una horda de bárbaros, en domingo, se las lió, navaja en ristre, con todo pacífico que encontraron. La más severa represión debiera ejercerse contra delitos de esta clase. Aquí sí que es del caso lo que llaman «ejemplaridad». Porque tales salvajadas suelen quedar impunes, y la impunidad las cría y reproduce, como la falta de cultivo cría los cardos. Y aparte de lo que la sociedad debe hacer para castigar delitos que imposibilitan la vida en condiciones de

seguridad y normalidad, el Estado debe, rápidamente, radicalmente, brutalmente, cerrar las tabernas.

Escribamos con placer el nombre de D. Abelardo Jiménez, médico de el Carpio, en la provincia de Valladolid.

En medio del terror que causa la epidemia de viruela, cuando no había quien quisiera enterrar los cadáveres, el médico abrió con sus manos la fosa, y cargando en sus propios hombros a una mujer muerta, le dio sepultura.

El gesto es hermoso; hermoso a lo cristiano ascético, y hermoso a lo humano también, sin que la fe necesite entrar en juego; el Sr. Jiménez es un hombre, podría ser un santo, y la cruz de Beneficencia no tardará, lo espero, en brillar sobre su pecho nobilísimo; pero... Siempre hay peros cuando se tiene la condición, que no llamo fortuna ni desgracia, de ser un espíritu analítico.—He aquí el pero, que no sufro se me quede entre los puntos de la pluma.—En la Edad Media, enterrar a los variolosos, a los apesados, era la buena obra. Hoy la buena obra es vacunar a los sanos, para que la viruela no llegue a invadirles. Tal es el servicio que la ciencia y la humanidad esperan de los médicos de partido. Vacunar sin tregua; que no se les escape una rata sin vacunar. La respuesta de los hospitales y clínicas alemanas la debemos tener siempre muy presente. En Alemania no pueden darnos consejos, no pueden decirnos lo que se hace durante las epidemias de viruela... porque no existen; se han suprimido, difundiendo, universalizando la vacuna.

El comentario a la anterior noticia, ó sea a la abnegación del médico del Carpio, es la terrible escena de Linares, el arrebato de locura del varioloso don Ignacio Montero, que quiso degollar, en la accesión de su fiebre, a su familia toda.

Una difunta cuyo cuerpo nadie se atrevía a enterrar, hasta que surge un héroe: un hombre perteneciente a una clase social respetable, que intenta asesinar a sus inocentes hijos... Escenas espeluznantes, de tiempos crueles, provocan la repugnancia y el terror obscuro de la fatalidad...

Pues bien, esas dos notas trágicas las evitarían la lanceta y el tubito, ó la ternera con su rosado vientre jaspeado de pústulas.

¡A vacunar, simpático y valeroso facultativo del Carpio!

Nunca recojo aquí nada de lo que se lee en la prensa y en que intervienen sacerdotes; pero estos días corre un suceso que si tiene mucho de deplorable, tiene también bastante excusa; un movimiento natural, aunque excesivo, que los periódicos califican, a mi entender, con sobrada severidad.

Un cura párroco toma el fresco a la puerta de su casa. A sus pies está echado el perro, el compañero, el amigo de cada hora. El cura no tiene familia; el cura quiere a su perro, como se quiere a los perros que son leales. Pasa un chiquillo, y en su instinto de malevolencia, no se le ocurre nada más divertido que cerrar a palos con el can, que reposaba descuidado.

Y el cura... ¿Qué hubiesen ustedes hecho? Pues hizo lo mismo que ustedes y que yo: salió a la defensa de su perro, corrió tras el maligno rapaz, le dió un puntapié. Yo no sé qué le daría al que le pegase a un perro mío, que no hacía daño, ¡inofensivo animal!; pues esto de atormentar a un ser bueno, que no nos ataca, me parece tan repulsivo, doblemente repulsivo que algunos crímenes.

Las gentes de Robledo, donde sucedió este caso sencillo, querían nada menos que linchar al párroco. ¿Qué guardan las gentes de Robledo para ciertos asesinatos, para ciertos malhechores hacia los cuales, de repente, vemos despertarse una compasión que puede confundirse con la simpatía?

La revista malagueña *Reflejos* me pregunta «qué pienso del carácter andaluz.»

¿Verdad que la respuesta es comprometida para quien se ha pasado, por junto, quince días en Sevilla, tres en Granada, dos en Córdoba, uno en Puerto Real, etc., lo menos, lo menos que se puede estar en Andalucía?

Claro es que todos conocemos andaluces, tenemos amigos nacidos en aquel país. Claro es que todos hemos leído novelas de Alarcón, Valera y Fernán Caballero, sin hablar de las de Arturo Reyes y Muñoz Pavón. Claro es que diariamente, en dramas, cuentos, historias, relatos, nos llegan series de indicios para conocer «el carácter andaluz.» Con todo eso, el carácter, mejor dicho, la psicología de una región, no se conoce así, ni su definición se hace en un par de líneas. No me atrevo a contestar a la pregunta de *Reflejos*.

De paso exclamaré: ¡qué cosas dan en preguntar los periódicos! Estoy viendo cuando dan en inquirir los años que uno cuenta y los sentimientos más ocultos que en su conciencia guarda.

Un interrogatorio he recibido hace pocos días, donde se pretendía que yo declarase: si estoy por los rusos ó por los japoneses,—si creo útil ó nocivo llevar corsé de dril,—si me gusta la sobreasada de Mallorca,—si soy entusiasta de Rodríguez San Pedro,—si considero que la Casa de Correos estará bien situada en los Jardines del Retiro,—si hago uso de la velutina marca no sé cuántos,—si soy vegetariana,—si estoy convencida de que el marqués de Casa Riera es en efecto el marqués de Casa Riera.

Ya ven ustedes que todo esto puede acarrear consecuencias más ó menos graves. No, la manía de las preguntas va siendo punto menos temible que la de las postales, que decae, según afirman, pero a mí se me figura que arrecia.

En efecto: recibo, por término medio, seis postales diarias, para que ponga en ellas un pensamiento, y hay quien añade «en verso» sin remisión.

De suerte que, por culpa de la postalomanía, he de pensar, lo menos, seis veces cada jornada, en honor de los señores, señoras y señoritas que me apostalan por correo. Y a veces he de pensar también en honor, no de los que me las expiden, sino de los que sólo me las piden, identificándose al célebre sastre del campillo, que sobre coser de balde, regalaba el hilo.

También se da el caso de que los solicitantes de postales me echen multa. Varias cartas de las que desde América me dirigen conteniendo postales que debo firmar «pensando», traen recargos, por insuficiencia de franqueo, que oscilan entre 30 y 90 céntimos de peseta. Ya he resuelto no admitirlas, y perdónenme mis postalógrafos de allende el Atlántico, y franqueen como Dios manda, que será lo mejor.

Nada significan los céntimos una vez; el demonio es que los recargos menudean.

Se ha dado una batida a los expendedores de libros y estampas pornográficas. Está muy bien; está mejor todavía si a la recogida acompaña la multa.

Ciertos tráficos se hacen sin otro estímulo que el interés. Deben atacarse por el bolsillo.

El público adquiere esas estampas, esas publicaciones asquerosas... Sostengo que, después de adquirirlas y saturarse de ellas, el público, determinado público, ni es mejor ni peor, ni más culto ni más rebajado: lo positivo es que el hecho de que expendier porquerías dé base a lucrativa industria, revela estados tristes, predisposiciones morbosas. Si eso se vende, es porque se compra; si el comprarlo constituyese la excepción, nadie intentaría venderlo. Lo que sostiene el escándalo son los escandalófilos.

La insidia de los pornógrafos se combate de antemano en la escuela, en el hogar, dondequiera que se forma una generación sana, no precozmente bastardeada y picardeada, como la que adquiere y esconde, para recrearse a hurtadillas, esos libros.

Y ya que hablamos de pedagogía...

Regreso de visitar la Colonia Escolar de Vacaciones, de niñas, en la bonita playa de la Lagoa.

Las que he visto hace un mes anémicas, descoloridas, desgredadas, con sello de abatimiento en medio de la bulliciosidad infantil, están ahora, a los veinte días de residencia en la Colonia, tostadas y coloradas por el aire del mar, alegres, fuertes, aseadas de dientes, manos y pelo...

¡Ah, el pelo! Si un día se hiciese obligatorio en todas partes, como la vacunación, el esquilado de las criaturas!

Casi sin excepción, las que vienen a reponerse y enderezarse en las Colonias Escolares necesitan del valor y abnegación de las profesoras... Traen el estigma; nadie había pensado en redimir las de él...

Es preciso que os refiera un detalle muy característico. Cuando en las Escuelas de Marinada vimos reunidas a las niñas con opción a formar parte de la Colonia, hube de fijarme en una, lindísima, que lucía, alrededor de una cara pálida y fina, unas guedejas oscuras, peinadas con coquetería, adornadas con un lazo de cinta roja.

Al acercarme a ella, no pude menos de exclamar:

—¡Qué bonita es! Pero debían cortarla este pelo que la consume.

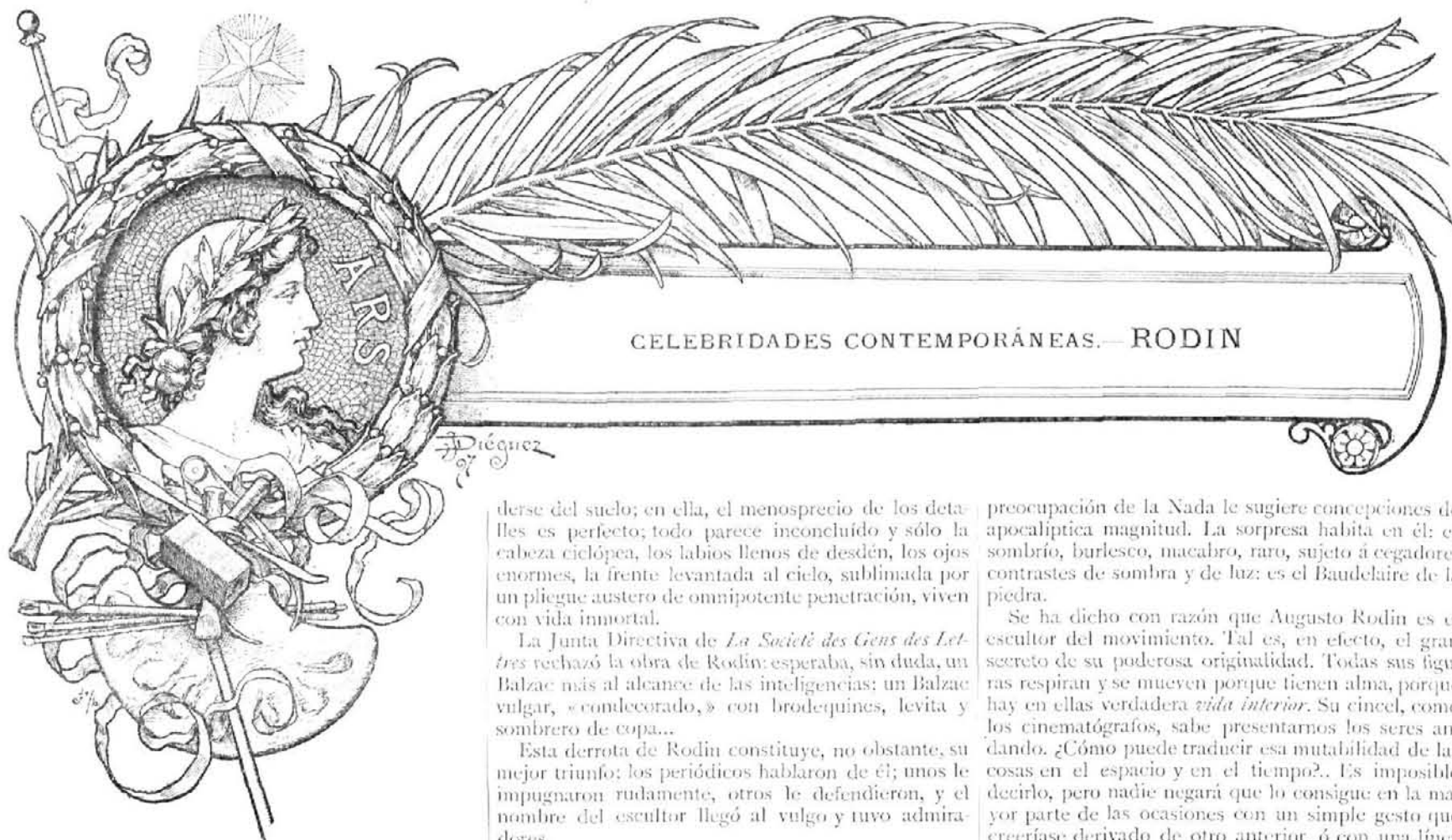
La niña oyó y calló... Designada para formar parte de la Colonia, rehusó obstinadamente. ¡Temía que la cortasen las guedejas oscuras, engalanadas con moños de cinta roja!

Cuando lo supe, pensé:

—¡Absolón!

Por los pelos empieza la vanidad, la presunción, y lo que es peor, la falta de higiene.—Esquilen y vacunen.

EMILIA PARDO BAZÁN.



CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS. — RODIN

derse del suelo; en ella, el menosprecio de los detalles es perfecto; todo parece inconcluido y sólo la cabeza ciclópea, los labios llenos de desdén, los ojos enormes, la frente levantada al cielo, sublimada por un pliegue austero de omnipotente penetración, viven con vida inmortal.

La Junta Directiva de *La Société des Gens des Lettres* rechazó la obra de Rodin: esperaba, sin duda, un Balzac más al alcance de las inteligencias: un Balzac vulgar, «condecorado», con brodequines, levita y sombrero de copa...

Esta derrota de Rodin constituye, no obstante, su mejor triunfo; los periódicos hablaron de él; unos le impugnaron rudamente, otros le defendieron, y el nombre del escultor llegó al vulgo y tuvo admiradores.

Para Mirbeau, Augusto Rodin es «un escultor pagano».

No lo creo. Su espíritu fuerte y maravillosamente equilibrado en medio de las crisis tempestuosas de su concepción incesante, lo siente todo, lo anhela todo y a todo alcanza: el Dolor y el Desco guían su mano; á ratos, como en *El beso*, es helénico y sensual; á veces es místico, y su filosofía, divagando de lo más hondo á lo más alto, retrata lo inmenso; otras

preocupación de la Nada le sugiere concepciones de apocalíptica magnitud. La sorpresa habita en él: es sombrío, burlesco, macabro, raro, sujeto á cegadores contrastes de sombra y de luz: es el Baudelaire de la piedra.

Se ha dicho con razón que Augusto Rodin es el escultor del movimiento. Tal es, en efecto, el gran secreto de su poderosa originalidad. Todas sus figuras respiran y se mueven porque tienen alma, porque hay en ellas verdadera *vida interior*. Su cincel, como los cinematógrafos, sabe presentarnos los seres andando. ¿Cómo puede traducir esa mutabilidad de las cosas en el espacio y en el tiempo? Es imposible decirlo, pero nadie negará que lo consigue en la mayor parte de las ocasiones con un simple gesto que creérase derivado de otro anterior, ó con una línea exagerada que nos empuja, como llevándonos hacia un más allá. El desaliño de los detalles refuerza esta ilusión: los cabellos suelen estar mal peinados, las ropas no siempre caen graciosamente, aquellos labios, con otro gesto, serían más bonitos... No importa: todo ello está bien así y no puede estar mejor. Son imperfectos porque el mismo movimiento de su ademán trastorna sus expresiones y sus trajes, porque andan, porque viven; y la vida es eso: evolución, mutación, perfeccionamiento; la vida ni empieza ni concluye; cambia: lo que vive no espera: camina...

El poder taumaturgico de exteriorización que caracteriza á Rodin resplandece en *El pensamiento*: es toda la psicología de este hombre extraordinario, el retrato de su alma.

¿Cómo expresar el pensamiento, ese aroma del cerebro, lo más sutil, lo que jamás fué objeto de medida ni ponderación, lo que, no ocupando espacio, lo llena todo?...

Sobre un bloque de mármol, Rodin ha puesto una cabeza. Nada más. Para Rodin, el pensamiento es eso...

La primera impresión que inspira esta figura es desagradable, casi repugnante: hay en ella algo de lo que tienen esas cabezas trucas que vimos en las salas de disección. Luego, un estupor angustioso va apoderándose del espectador; aquella cabeza no está muerta, sino que vive, y un magnetismo extraño emana de ella. Este encanto sobrehumano crece: la cabeza oye, ve, medita, sabe que estamos allí, es aterradora como un cuento de Hoffmann...

¿Por qué Rodin expresó el pensamiento así?

Cuantas explicaciones damos á esta pregunta son aceptables, pues que dicha figura traduce, en su extravagante originalidad, los estados anímicos más diversos. En esta

ocasión Rodin, dominado, según costumbre, por la idea *esencial*, despreció el cuerpo; con el cuerpo no se piensa. Su cabeza, por tanto, es el alma; ¡psiquis!... Las almas viven así, ahogándose en la realidad que

Desde Carpeaux, tan combatido por la burguesía asustadiza y el soplado rutinismo académico de sus contemporáneos, la escultura no sabía decimos nada nuevo: parnasianos y románticos laboraban sin genialidades ni rebeldías, siguiendo los cómodos caminos trillados; era un declive que los triunfos de Delacroix y las aficiones pictóricas de Gautier contribuyeron también, indirectamente, á exagerar: ningún ambicioso llamaba á las puertas del templo donde las sombras augustas de Praxiteles, Donatello y Miguel Ángel reposan. ¿Dónde buscar el manantial de una inspiración desconocida? ¿Cómo descubrir, en la noche de todo agotamiento, el oriente de un nuevo ideal? Los críticos callaban; creérase que en el arte escultórico la última frase de la perfección estaba dicha.

Cuarenta años de trabajo solitario y heroico ha necesitado Augusto Rodin para imponerse; al principio, sus compatriotas no le comprendían; los italianos, siempre enamorados de lo impecablemente clásico, tampoco; le hallaban inconcluido, extravagante, caótico, como empeñado en traducir lo inexpresable; un revolucionario sin técnica ni brújula. Y sin embargo, Rodin era el genio que había de remediar la postración de la estatuaría, transmitiendo al mármol una vibración desconocida y triunfante; el paladín de un estilo que ya empieza á dar frutos robustos; el heraldo de una Belleza nueva. Sus estatuas sufren, codician, esperan; sus actitudes tienen una inmovilidad ardiente; el estremecimiento de la vida corre por sus epidermis de mármol. Viven... A veces esta ilusión nos sobrecoge, nos domina. Como ante los muertos, nos preguntamos: «¿Por qué no hablan?..»

El triunfo de Rodin empieza con la fabricación de su *Balzac*. Aparece éste de pie, cubierto bajo una amplia vestidura monacal: la figura del novelista, aunque maciza, quiere remontarse, subir, despen-

obras, su grupo *Fugit Amor*, verbigracia, tienen la amargura de una rima de Heine. Enamorado fanático de la vida, oye, sin embargo, continuamente las voces que cuchichean la muerte del dios Pan, y la



El eminente escultor francés AUGUSTO RODIN

las ciñe el cuello. Y también están solas. Inútilmente Amor quiere aparearlas; el Hastío, más fuerte que la Pasión, las divorcia después; además, en la lucha del fondo con la forma hay algo impenetrable que el pensamiento no acierta a decir y que le aísla de todo otro pensamiento... También es la reflexión, el vagabundear incesante de la imaginación hacia lo inaprehensible; el interminable monólogo de la conciencia; esa semejanza de los espíritus que nos condena a vivir eternamente solos. Viendo aquella cabeza compadecemos a la nuestra, soñando empotrada en el barro de nuestros hombros...

Igual simbolismo tienen *Las sombras*, que repiten con sus frentes desesperadas y juntas el *lasciate ogni*

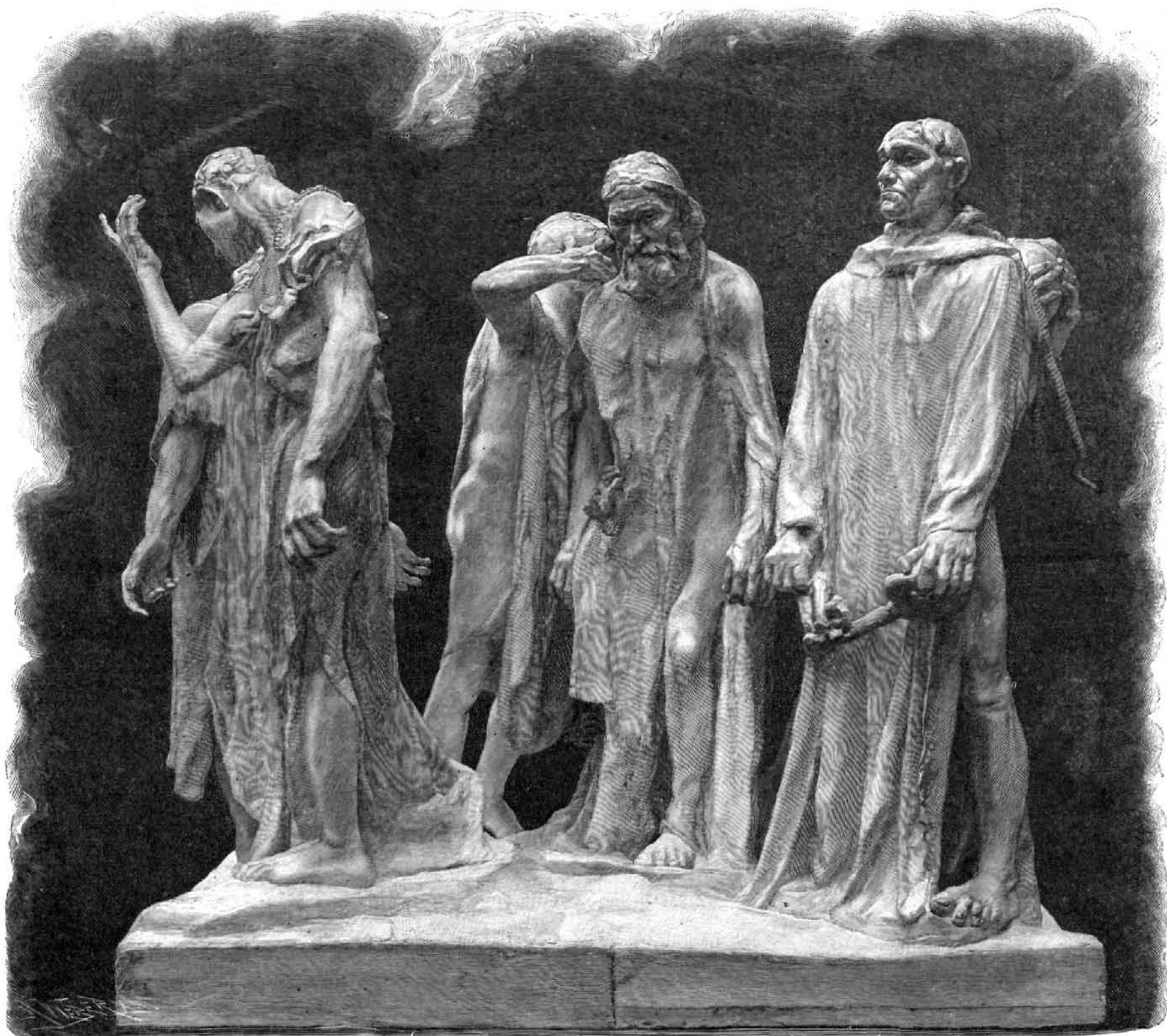
eminente, y lo que le conquistó entre los literatos tantas simpatías.

Como Puvis de Chavannes, Rops y otros, Rodin es esclavo de la emoción del pensamiento más que de la sensación plástica, lo que da a sus visiones una amplitud, un alcance filosófico, una intelectualidad, que sus compañeros de profesión no comprenden. Para ser gran artista es necesario sentir todas las bellas artes, pues la Belleza es única, y si el hombre, para expresarla, la dividió en ramas diferentes, fue por no poder reasumir en una misma obra las múltiples seducciones de la realidad. Pero Rodin, «con sus hombros macizos, su cabeza enorme y su actitud de león en reposo» —como dice Maclair,—lo siente

Augusto Rodin no es místico ni pagano, pesimista ni optimista: el Dolor y el Deseo comparten su voluntad; es un resignado y también un fuerte. Toda la filosofía de su obra, esa obra formidable que acaso marque a la inspiración de los literatos, hoy vacilantes y desorientados, un rumbo nuevo, es su *Cariátide*.

El arte helénico presentó a las cariátides sonriendo bajo el peso que atormentaba sus sienes; en la Edad Media, las cariátides lloran; su carga es una expiación. La *Cariátide* de Augusto Rodin no ríe ni llora; se resigna: en la vida, aunque mala, siempre hay mucho bueno. ¿A qué, pues, maldecir de la vida?..

EDUARDO ZANACOS.



Los ciudadanos de Calais, grupo escultórico de Augusto Rodin

speranza, de Dante; *Les bourgeois de Calais*, cuyos semblantes reflejan, por modo vario, el estoicismo, la cólera y al mismo tiempo la pesadumbre y mortal abatimiento de su heroico sacrificio; *El último pensamiento*, bajo relieve de sencillez y novedad sorprendentes, y las figuras incontables que pueblan *La puerta del Infierno*.

Augusto Rodin trabaja despacio, porque quiere que los siglos respeten su labor, y cada una de sus grandes obras es resultado ó cociente de una serie incalculable de croquis, proyectos y pequeños esbozos. Así, el monumento a *Victor Hugo*, verbigracia, que aún no está concluido, lo empezó Rodin siendo joven.

La importancia que el insigne artista concede al espíritu de sus estatuas es lo que le diferencia y aísla de los demás escultores, colocándole en lugar pre-

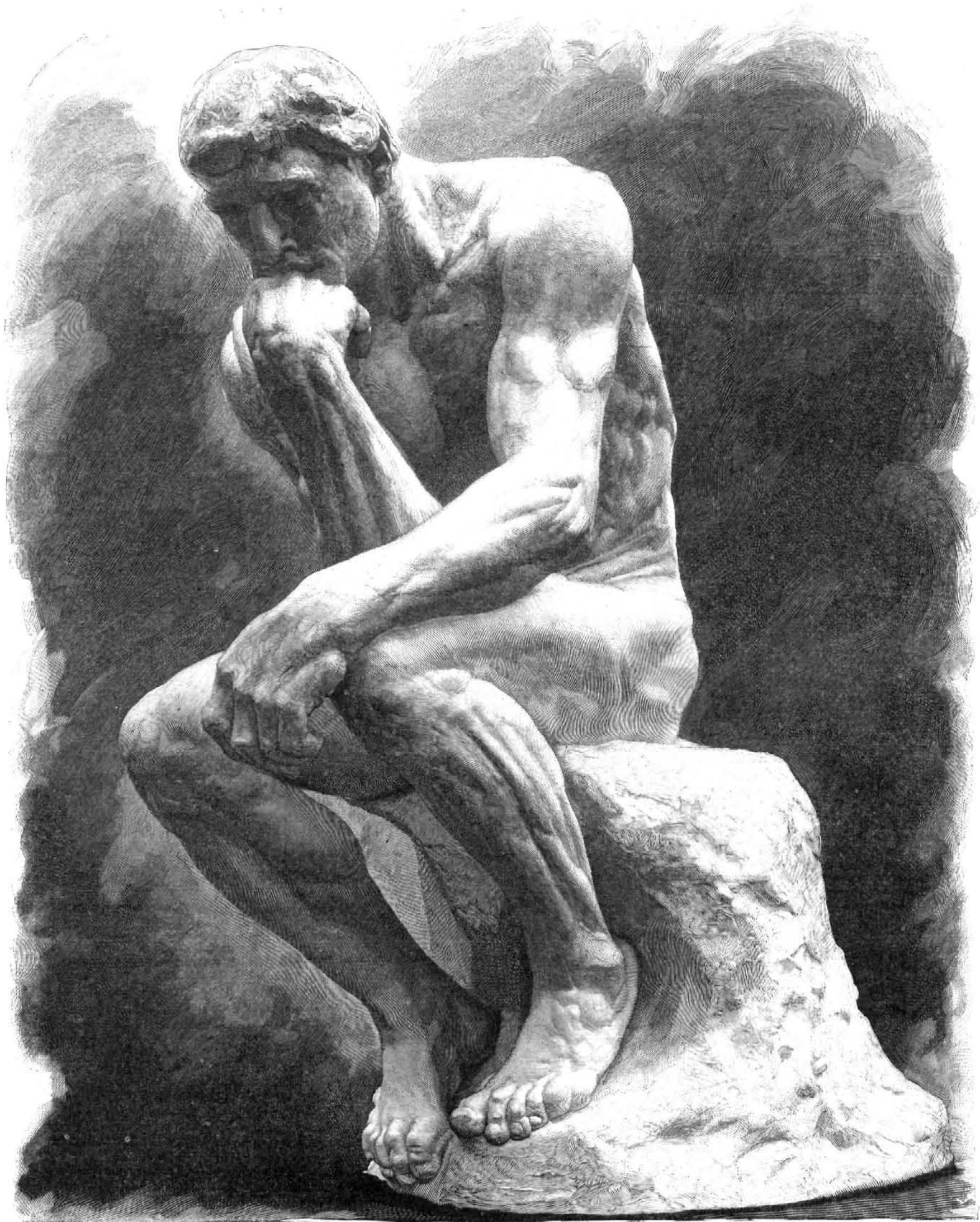
todo: él sabe que todo es línea, colorido, ritmo, hallándose estas nociones de tal modo presas y trabadas entre sí, que el pasodoble, verbigracia, que lleva a los soldados a una revista militar, es motivo de inspiración para el pintor, a quien la brillantez de los uniformes y el refulgir de las desnudas bayonetas cautiva; y también para el literato, al que la visión de aquellas legiones equipadas y apercebidas siempre a la matanza puede sugerir páginas de largo alcance social.

Convencido de esto, Augusto Rodin no sabe ser únicamente escultor: a ratos sus esculturas tienen la palidez de la muerte; a veces, como en *El guerrero de Maratón*, sus cabezas parecen bañadas en la nube roja de la cólera: entre sus manos, la línea es color y melodía, lo macizo se alambica y sutaliza, la piedra es alma...

LA PIPA DE CINCO NUDOS

CUENTO COREANO

Los coreanos de las montañas y de los campos no creen en el Confucio de los sabios ni en el Siddarta de los emperadores. Adoran en el Ardiente Sol a la Gran Alegría Periódica, y en los Astros a los Misterios Trémulos é Intermitentes. La tierra coreana conserva el candoroso y feroz salvajismo que debió de tener toda la naturaleza en las auroras primitivas. Sus anhelos se traducen en rugidos. Mientras dura su imponente sueño los átomos flotan inanimados y las vibraciones se extinguen con suavidad infinita. Sus montañas son pirámides de oro. Sus cuevas están pobladas de ojos fosforescentes. En sus bosques moran espíritus gigantescos y monstruosos que ondulan



El pensador, escultura de Augusto Rodin

como las culebras y tejen hilos argénteos como las arañas. Sus lagos insondables se llenaron con sangre negruzca de grandes hecatombes desconocidas, y aún hoy levantan brumas fétidas y siniestras.

Los coreanos son hombres sencillos é ignorantes. Viven en un éxtasis tal vez perjudicial. Con profundo temor veneran los perfumes y los susurros, y en cambio mueren con luz y calma en los ojos. Sí, ciertamente: sus ojos, pequeñitos como el grano de mijo

que crece en el País del Rocío de la Mañana, en el instante supremo de la muerte son mayores que los ojos de los hermosos europeos. Los coreanos son pacíficos, silenciosos y humildes; tienen la túnica y el alma rectas, la túnica y el alma blancas. Ensucian las túnicas más fácilmente que el alma.

Fuman los coreanos, y fuman tabaco rosechado en el país.

Sus pipas de bambú tienen cinco nudos invaria-

blemente, y les ayudan á la serenidad y á la contemplación. El Sol Ardiente se dignó entregar á los coreanos una enorme pipa, una pipa monumental, una pipa sacrosanta, venerada con genuflexiones, ayunos, vigiliás, llantos, maceraciones y efusiones de sangre en el Templo de los Carbunclos.

Voy á contaros la leyenda de la pipa, que me parece muy trascendental.

Hno, héroe legendario de la Corea, fué—según

cuentan los bonzos—cordial amigo del Sol Ardiente.

Y dijo el Sol a Hno:

—«Oh, Hno! Tu alma es casta como la nieve que hiela el Mi-Kiang, y tus ojos contritos están húmedos como las plantaciones de arroz.»

«Eres fuerte como la lluvia torrencial y reposado como el palanquín de una mujer encinta.»

«Pero he visto una virtud sobre todas tus virtudes, y es la movilidad gozosa de tu alma, que salta y se regocija entre las cosas exteriores como niño en mañana de primavera.»

«Y para que tú y los tuyos conservéis la ingenuidad que me place, yo te haré un presente sobre todos los presentes.»

«Y será este presente una caña de bambú de cinco nudos. En cuyo extremo superior pondrás hojas secas y desmenuzadas, aptas para arder. Y por cuyo extremo inferior sorberás el humo de las hojas encendidas. Y suavemente levantarás por los aires tenues y pasajeras neblinas.»

«Y el primer nudo ó anillo del bambú será la Purificación ó Alejamiento de las ansias y congojas materiales.»

«Y el segundo será la Expectación.»

«Y el tercero será el Hallazgo glorioso del símbolo.»

«Y el cuarto será la Comprensión del símbolo.»

«Y el quinto será la total Abstracción ó la inmersión en la Síntesis.»

«Y gracias á las neblinas pasajeras, que afectarán formas varias y caprichosas, tú y los tuyos alcanzaréis perdurablemente los gozos del Ensueño.»

Hno cantó diez y siete alabanzas del Sol Ardiente.

Pero el Sol Ardiente dijo:

—«Oh, Hno! He aquí que tal vez algún pueblo, allá en las densas tinieblas del Porvenir lejano é impenetrable, tal vez obtenga los dones inferiores de la Acometividad y la Energía.»

«Y entonces serán destrozadas vuestras pipas.»

«Mas ved que el humo es esencia divina é impercedera.»

«Así, pues, los vientos, dóciles á mi voz, llevarán el humo de vuestras hojas secas á inefables regiones desconocidas adonde no pueden llegar los destructores de pipas.»

Estas fueron las palabras del Sol Ardiente.

Y he aquí por qué hombres y mujeres fuman en Corea la pipa de cinco nudos.

JOSÉ CARNER.

CONTRASTE

Sonaban las campanas, unas á gloria, otras á muerte. A un lado de calle, rumor funeral, murmurio triste, apagado; la compostura de los tributos póstumos, algo como efluvios de tumba, silencio respetuoso ó comentario vago, discreto, apenas perceptible. Al otro lado, casi enfrente, el rumor es otro, vibrante, sin recato, de puro holgorio, expresión de placer y eco de la alegría. En una casa lloran, en otra ríen; allí las bocas contienen á duras penas los suspiros; aquí los labios dibujan sonrisas... Una madre desolada llora junto á un ataúd pequeño; llora mucho, mucho... No la consuelan las flores que en profusión adornan aquellos restos queridos, aquella coquetona estancia, ayer rincón de paraíso, hoy templo de muerte... El cuerpecito estirado, rígido, parece figura de ángel en plácido sueño; la carita tiene tonos de alabastro y marfil; la boquita, ligeramente entreabierta, parece haber estereotipado una sonrisa algo mimosa, de aquellas que ponían loca de contento á la mujer que llora... La mortaja es rica, de un blanco purísi-

mo; como la tez, como las manitas, aquella carne ideal que se estremecía tres días antes en bulliciosos espasmos de ternura con el bullir de la sangre...

El padre intentó consolar á la mujer que llora con frases de consuelo; ahora parece rendirse á la evidencia; hay dolores que *no oren*, no pueden oír, toda consolación es inútil... Pero aún parece querer consolarla con la mirada, de un brillo extraño, de una intensidad grandísima. Hace tres días, todo su oro, todas sus fincas, ofrecía á la ciencia por la vida de aquella infeliz criatura... Mírala ahora fijo, como ensimismado, de pie, inmóvil, con ligerísimo temblor

cunita de mimbres, á aquella chispa de amor hecha carne, carne sonrosada y aterciopelada, como dalia fresca de tonos carmines... Y cosa singular, el niño dormido parece dibujar en su rostro un mohín de desagrado, casi un gesto de dolor... Ayer, era el cuarto centro de penuria; hoy no hay riqueza, pero es emporio de ventura.

Abajo, ni un solo coche; en la casa, algunos pacientes y algunos amigos. Sin embargo, las voces son frescas, las risas son francas, la alegría trasciende. Ayer, hubiera dado el buen padre cualquier cosa por un bocado; hoy no daría ese tesoro, esa criaturita, por nada del mundo. Como la madre, padece casi al pensar que han de cogerlo y llevarse-lo á la iglesia, que va á despertarse, ¡ahora que dormía tan bien!

Y siguen sonando las campanas, unas á gloria, otras á muerte... En el espacio azul se confunden el rumor alegre y el rumor fúnebre, las risas y los gemidos, el son metálico que indica el natalicio y el que señala la muerte... A poco más se confundirían las comitivas que se ponen en marcha. Ved la una, selecta, en orden, mecánica, afectada, con tonos negros y manchas grises; ved la otra, desordenada, bullanguera, sencilla, abigarrada, con manchas chillonas, pero de un brillo que cosquillea el ánimo y provoca la sonrisa...

Dos padres en marcha, dos polos opuestos... ¡Con qué envidia mirará acaso el potentado al misero!... ¡Qué sensación le producirá á éste el motivo del dolor ajeno!... También él es padre... ¡Si se le muriese ese hijo, ese cacho de gloria!... Son el amo y el obrero, el potentado y el paria... Ni en el uno hay ya soberbia, ni en el otro encono. Se han mirado, si; dos miradas que borran todo un pasado.

Natura ejerce de juez supremo, falla sin distinción á obra sin miramiento. Algo se rie de las pasiones de los humanos, de sus rebeldías, de sus soberbias. Es ley inmutable, vida y muerte, que no respeta palacios ni chamizos, que no distingue el traje del andrajo.

De esos dos seres, esos dos padres, el uno ha exclamado:

—¡Pobre hombre!

El otro ha murmurado:

—¡Feliz él!.

SEBASTIÁN GOMILA.

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA.

Cuando escribimos la presente crónica hace nueve días que se está librando en Liao-

Yang una gran batalla que puede ser de mucha trascendencia para el curso ulterior de la guerra. En efecto, desde el día 24 de agosto habíanse luchado encarnizadamente de una parte 160.000 rusos con 600 cañones y de otra 200.000 japoneses con 700 piezas de artillería. El choque ha sido terrible, y la tenacidad y el valor heroico con que los dos ejércitos combaten permiten suponer que las pérdidas por ambas partes serán enormes.

Dada la importancia de esta acción, creemos oportuno describir, siquiera sea someramente, las diversas fases de la misma hasta este momento.

Después de algunas escaramuzas entre las avanzadas, que se verificaron el 24, el 25 una división y media del ejército del general Nodzu atacó á los rusos por Lian-Dian-Sian, á 35 kilómetros al Sudeste de Liao-Yang, intentando la infantería un movimiento envolvente que fué contenido por los cosacos y rechazado luego por la infantería y la artillería rusas. En vista de este fracaso el general Kuroki emprendió con numerosas fuerzas una enérgica ofensiva contra el flanco izquierdo, tratando de envolverle; el com-



Dos hermanos, escultura de Gustavo Ruelin.

apenas perceptible, luchando consigo mismo; una de esas batallas de la voluntad contra la emoción, indefinibles; uno de esos choques del espíritu con el entendimiento, que se traducen en callados monólogos de una fuerza emocional incalculable... Castañeteaban sus dientes como cerrando el paso á una exclamación:

—«Todo el oro del mundo no sirve para evitar lo inevitable!..»

Los coches esperaban abajo, la suntuosa morada se llenaba de gente..., la escalera también, el portal, la calle...

A pocos pasos, en otra estancia, una madre sonríe. La habitación es humilde, muy humilde... Sonríe la madre junto á una cuna; en esa cuna hay un niño. ¡Qué lástima!... ¡Duermes ahora tan bien!... La ropa de cristianar es casi una irrisión..., limpia, eso sí, pero no digna de cubrir á un ángel.

El padre se apoya muellemente en el hombro de la mujer, livida aún, delicada, por el alumbramiento reciente... ¡Qué expresión en sus ojos! ¡Qué choque de miradas!... Luego las miradas van dirigidas á la

bate duró toda la noche y los japoneses avanzaron en grandes masas y se lanzaron desesperadamente contra las posiciones rusas, siendo rechazados con enormes pérdidas.

A las cuatro de la madrugada del 25 llegaron las reservas japonesas, que comenzaron el ataque apoyadas por un fuego terrible de artillería, iniciando entonces los rusos en aquel punto un movimiento de

ral, cuya prudencia y tenacidad son bien conocidas y que sabe perfectamente que el factor tiempo es uno de sus más poderosos auxiliares, pues le permite aumentar su ejército con los refuerzos que de continuo recibe de Rusia por el transiberiano, cuando este general, decimos, se ha resuelto a aceptar la batalla, es señal de que considera que tiene de su parte grandes probabilidades de éxito. Además, seguramente

habrá pensado que una acción importante, aun en el caso de quedar indecisa la victoria, quebrantaría por algún tiempo los ímpetus de los japoneses y dejaría siempre a los rusos la posibilidad de reponer sus pérdidas y de tomar de nuevo más adelante una ofensiva que tal vez le llevara al triunfo definitivo.

Después de todo, resulta incomprensible la conducta de los japoneses: en efecto, a fines de julio habían emprendido una ofensiva vigorosa contra las fuerzas de Kuropatkin, ofensiva que había terminado con la ocupación de Hai-Cheng; y cuando parecía que iban a continuar su movimiento de avance y a obligar a sus adversarios a librar batalla en condiciones de evidente inferioridad ó a retirarse hacia Mukden, permanecieron inactivos desde el 1.º al 25 de agosto, dejando que en el entretanto los rusos fueran recibiendo refuerzos y construyendo en Liao-Yang las formidables fortifica-

ciones ante las cuales se han estrellado sus ataques de estos últimos días. Ocio es decir la ansiedad con que en todo el mundo se espera el resultado de esta batalla, que indudablemente será una de las más largas y sangrientas que registra la historia. También es empenadísima la lucha en Puerto Arthur: los sitiadores, comprendiendo que la toma de esta plaza significa para el Japón un gran triunfo moral y la posibilidad de reforzar considerablemente los ejércitos que en la parte septentrional de la Manchuria combaten contra Kuropatkin, redoblan sus ataques, menudeando los asaltos audaces de los fuertes y de las posiciones que defienden aquella ciudad; y los sitiadores, convencidos de que cada día de resistencia es una ventaja no sólo para ellos, sino para sus compañeros que al Norte luchan contra los ejércitos de Kuroki, Nodzu y Oku, prolongan desesperadamente la defensa de la fortaleza.

Muy vagas é incompletas son las noticias que de allí se reciben: los japoneses guardan un silencio absoluto sobre sus operaciones, y los sitiados sólo de cuando en cuando y con gran retraso pueden comunicarse con el exterior. La principal fuente de información es Che-Fu, en donde se refugian todos los que pueden escapar de la plaza; pero estos refugiados, en su mayoría chinos, son dignos de poco crédito y sus informes han resultado casi siempre falsos. Lo único que positivamente se sabe es que la lucha continúa siendo terrible; que los sitiadores han debido experimentar pérdidas enormes en sus continuos asaltos a pecho descubierto y á causa de la explosión de las minas de que está sembrado el terreno; y que á pesar de todos sus esfuerzos sólo han podido apoderarse de la montaña del Lobo, situada al Norte de Puerto Arthur.

El zar, después de haber felicitado, como dijimos, á los defensores de la plaza, ha rendido recientemente un nuevo tributo de admiración y gratitud á su valentía y á su tenacidad, otorgando al general Stoessel la cruz de San Jorge de tercera clase, y disponiendo que para los soldados de la guarnición cada mes de servicio, á partir de 1.º de julio hasta el fin del sitio, se contará como un año.

Los buques *Gromoboi* y *Rossia*, que pudieron escapar de la persecución de los japoneses después del combate de Tsu Shima, del que hablamos en nuestra anterior crónica, llegaron á Vladivostok con tan grandes averías, que su arribo á dicho puerto parece milagroso. Actualmente están en reparación, pero lo más probable es que aún tardarán mucho en poder prestar servicio. En cambio, las reparaciones del *Bogatyr*, uno de los cruceros de aquella división que hace tiempo encalló á la entrada del puerto, están casi terminadas. También ha llegado á Vladivostok la tripulación del *Novik*, destruido, como saben nuestros lectores, en el citado combate.

El conflicto de los buques rusos refugiados en Shanghai (el *Askold* y el *Grossoroi*) se ha resuelto satisfactoriamente por haber el gobierno ruso ordenado á sus comandantes que los desarmaran. En su consecuencia, dichos barcos quedarán neutralizados, y sus tripulantes, en cierto modo prisioneros bajo palabra de honor, no podrán reanudar sus servicios mientras duren las hostilidades.

El *Smolensk*, buque de la flota voluntaria que, en unión del *Petersburg*, apresó en el mar Rojo algunos vapores mercantes neutrales, se ha presentado recientemente en la costa Sudeste de Africa, frente á Natal, en donde ha detenido y registrado al *Canadian*, dejándolo después en libertad. Como es natural, la prensa inglesa ha formulado enérgicas protestas, censurando sobre todo que ocurran tales hechos después de las seguridades dadas por el gobierno ruso de que los mencionados barcos no repetirían actos como los que dieron lugar á las protestas anteriores; pero aque-

lla prensa no tiene en cuenta que las órdenes dictadas en San Petersburgo no han podido aún llegar á conocimiento de los referidos buques por no haber éstos tocado en ningún puerto desde que abandonaron las aguas del mar Rojo. Para que puedan reci-



GUERRA RUSO-JAPONESA. — La víspera de la batalla. El campamento ruso el día antes del combate de Ta-Chi-Kiao (de fotografía)

retirada protegido por una brigada de caballería del Cáucaso, que en una de sus brillantes cargas puso en desordenada fuga al enemigo. Esta orden de retirada, que se dió en la noche del 26 al 27, sorprendió desagradablemente á las tropas del ala del Este, pues las ventajas que habían conseguido rechazando los diferentes ataques de los japoneses les hacían esperar para el siguiente día éxitos más decisivos; pero estas tropas ignoraban que las fuerzas de su extrema izquierda no podían ya sostenerse en sus posiciones. La retirada fué penosa, pues los soldados hubieron de caminar sobre un mar de barro y en medio de una lluvia torrencial por un desfiladero estrecho y expuestos al fuego continuo de los japoneses, si bien éstos, extenuados sin duda por los incasantes combates, les persiguieron muy débilmente.

El 27 fué día de relativa calma: los japoneses no avanzaron y los rusos pudieron retirarse gradualmente á sus nuevas posiciones; en aquella jornada la lucha fué casi exclusivamente entre la artillería.

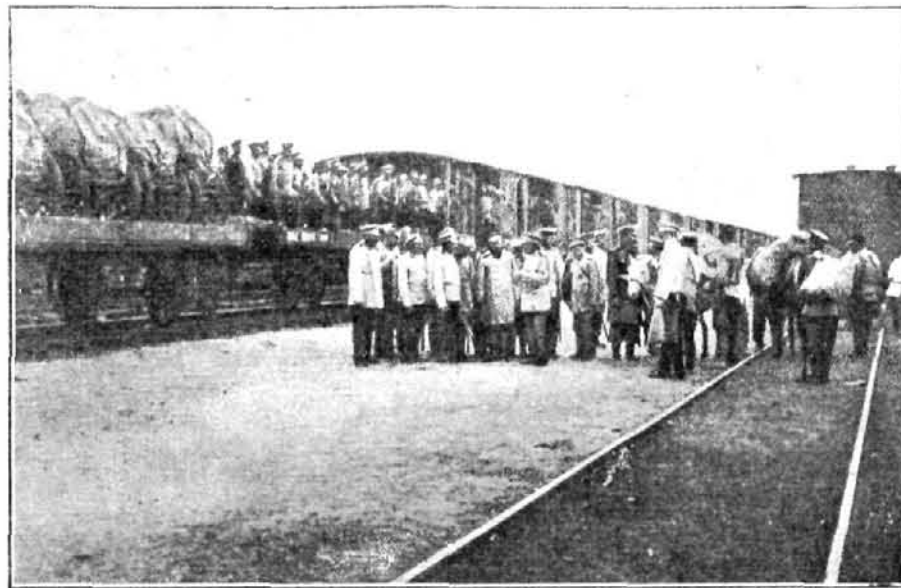
El 28 los japoneses reanudaron la ofensiva por el Sur y por el Sudeste, ocupando la posición de An-Chan-Tchuang. El fuego de artillería fué terrible, y los ataques de los japoneses fueron tan furiosos como en los días anteriores, causando el asombro de los oficiales rusos el valor fanático de sus adversarios, muchos de los cuales, al verse heridos, se suicidaban para no caer en manos del enemigo. Cuéntase que un oficial japonés, herido y prisionero, pudo substraerse á la vigilancia de los que le guardaban y se rompió la cabeza contra unas piedras.

El 29 se inició, según parece, la gran batalla en toda la línea, pero hasta el momento en que escribimos no se tienen noticias detalladas de ella y únicamente se sabe que el 31 aún duraba la acción, conservando los rusos sus posiciones y rechazando los continuos ataques de los japoneses.

Las pérdidas de estos combates deben haber sido terribles por ambas partes, dada la saña con que japoneses y rusos han luchado. Un telegrama del general Kuropatkin recibido el día 31 en San Petersburgo dice que se calcula que sólo el día 30 cada uno de los ejércitos combatientes tuvo 10.000 bajas.

Ha llegado, pues, el momento tan deseado y á la vez tan temido por los que siguen con interés la actual guerra, en que están puestas frente á frente la totalidad de las fuerzas de que en la Manchuria disponen los dos pueblos beligerantes.

No se ha repetido en Liao-Yang la táctica hasta ahora seguida por los rusos de retirarse hacia el Norte después de haber estorbado unos días el avance de los japoneses y de haberles causado el mayor número posible de bajas. Ahora Kuropatkin ha esperado á pie firme á su adversario, y cuando este gene-



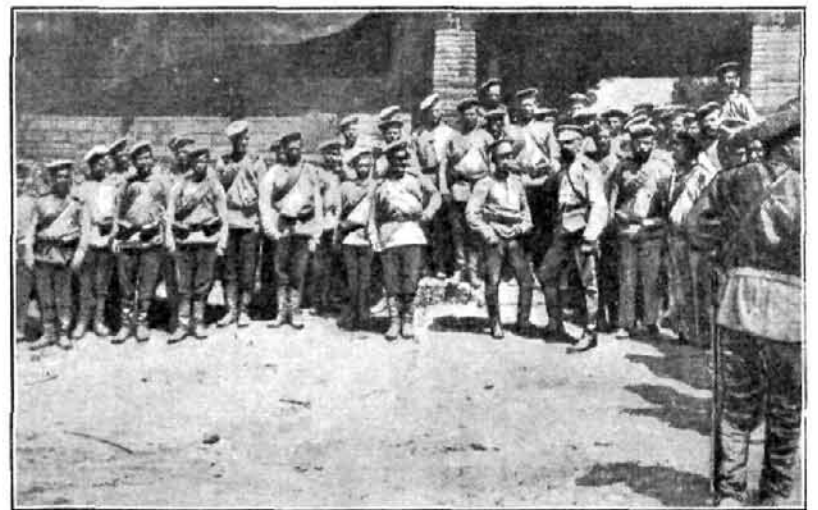
GUERRA RUSO-JAPONESA. — El general Kuropatkin en la estación de Ta-Chi-Kiao (de fotografía)

ciones ante las cuales se han estrellado sus ataques de estos últimos días.

Ocio es decir la ansiedad con que en todo el mundo se espera el resultado de esta batalla, que indudablemente será una de las más largas y sangrientas que registra la historia.

También es empenadísima la lucha en Puerto Arthur: los sitiadores, comprendiendo que la toma de esta plaza significa para el Japón un gran triunfo moral y la posibilidad de reforzar considerablemente los ejércitos que en la parte septentrional de la Manchuria combaten contra Kuropatkin, redoblan sus ataques, menudeando los asaltos audaces de los fuertes y de las posiciones que defienden aquella ciudad; y los sitiadores, convencidos de que cada día de resistencia es una ventaja no sólo para ellos, sino para sus compañeros que al Norte luchan contra los ejércitos de Kuroki, Nodzu y Oku, prolongan desesperadamente la defensa de la fortaleza.

Muy vagas é incompletas son las noticias que de allí se reciben: los japoneses guardan un silencio ab-

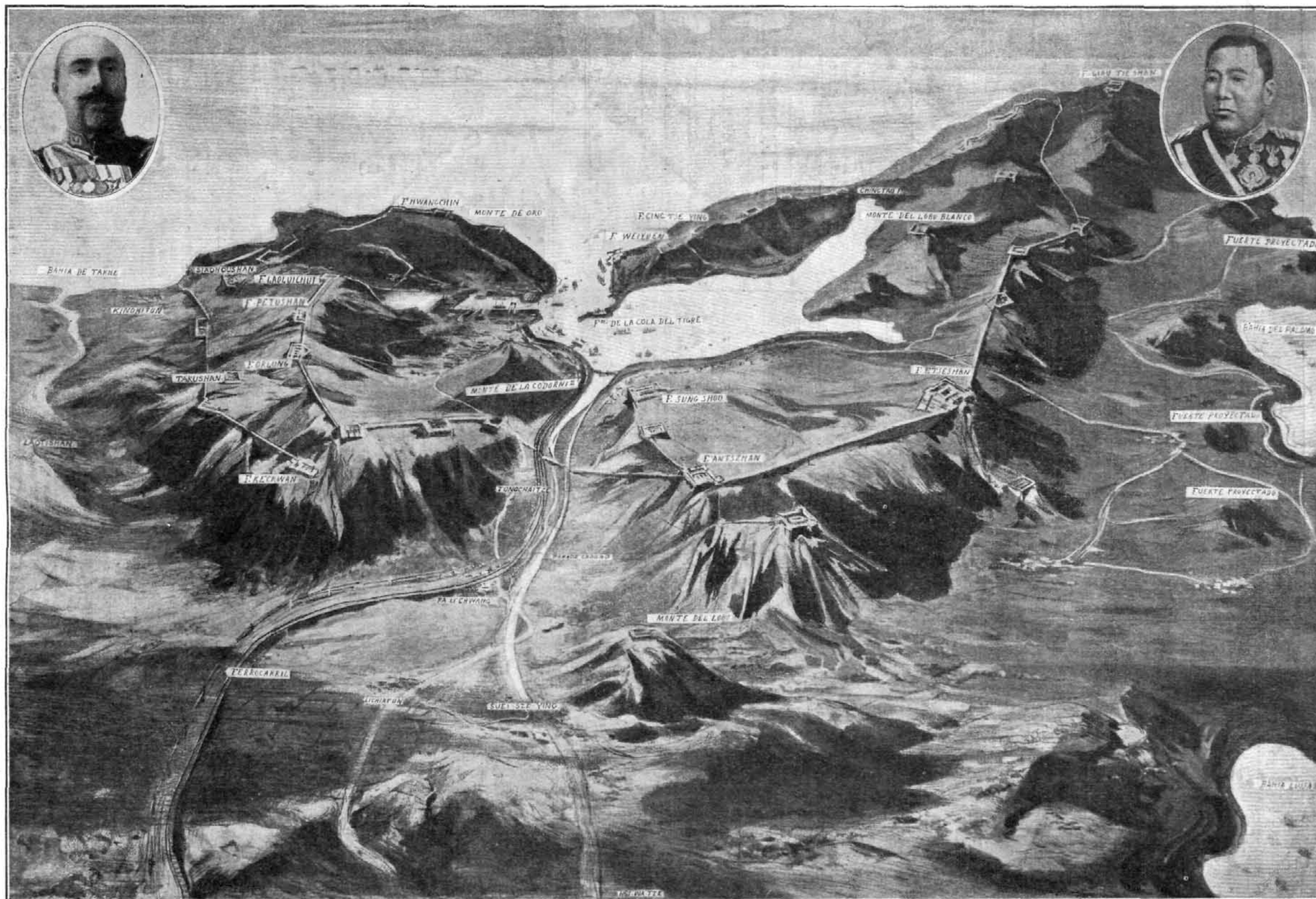


GUERRA RUSO-JAPONESA. — Únicos sobrevivientes del 5.º batallón de voluntarios siberianos que tan heroicamente se batió en el combate de Telitsu (de fotografía)

birlas, el Almirantazgo inglés, á petición de Rusia, ha ordenado á varios de los buques de guerra que



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Banda infantil organizada en Tokio para saludar á las tropas que parten para el teatro de la guerra.—Al frente va un hombre con la bandera japonesa y detrás de él, delante de los músicos, un niño llevando una bandera con inscripciones patrióticas. (Dibujo de S. Begg, hecho según una fotografía)

A circular portrait of a man with a mustache, wearing a military uniform with several medals on his chest. The portrait is set within a decorative oval frame.

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Puerto Arthur y sus fortificaciones á vista de pájaro, tomada desde el Norte, dibujo de H. C. Brewer

tiene Inglaterra en aquellos mares, que busquen al *Smolensk* y al *Petersburg* y cuando los encuentren les comuniquen las disposiciones adoptadas por su gobierno. En la actualidad dedicanse a este servicio el acorazado *Crescent* y los cruceros *Forte* y *Pearl*, que estaban en las Seychelles, el *Barrosa* y el *Part-ridge*, que recorren las aguas entre la bahía de Wal-fish y Benguela el primero, y entre la bahía de Bal-fish y la bahía Simón el segundo; además se ha comunicado la orden de Rusia a los comandantes de las estaciones del Sur del Atlántico para que a su vez la transmitan a los barcos de guerra ingleses *Saint-George* y *Brilliant*, que al presente se encuentran en aguas de las islas de Cabo Verde.

La escuadra rusa del Báltico, al mando del almirante Rojdesvinsky, salió el 25 de agosto de Cronstadt para efectuar un crucero de maniobras que habrá de durar diez días. En Rusia se da como segura la próxima partida de esta escuadra para el teatro de la guerra, pero fuera de allí se duda mucho de que esta marcha se realice, porque todo el mundo se pregunta cuál sería su base de operaciones en aquellos mares suponiendo que Puerto Arthur caiga en poder de los japoneses y dado que a la llegada de la escuadra estará ya bloqueado por los hielos el puerto de Vladivostok.—R.

NUESTROS GRABADOS

Lavanderas, acuarela de J. Ballarini.—Es J. Ballarini uno de los artistas austriacos que más ferviente culto rinde al arte moderno. Dedicado al estudio de la pintura desde temprana edad, ha llegado a adquirir justa reputación por el sello de verdad que imprime en todas sus obras, simples en los asuntos, pero bellas por el colorido. Atento observador de cuanto le rodea, ha limitado a reproducir los cuadros, escenas y costumbres que se presentan a su vista, resultando de ahí que es un digno representante de la pintura de género.

En la academia, dibujo al lápiz de Pedro Borrell.—Gracias a la galantería del distinguido pintor D. Pedro Borrell, podemos dar a conocer a nuestros lectores el interesante apunte que reproducimos. La personalidad de este artista es sobradamente conocida, notorios son sus merecimientos y muchos de los pintores que han logrado singularizarse no han

La vuelta de la romería, cuadro de Ignacio Díaz Olano.—Una de las mayores dificultades con que han de luchar los artistas forasteros que visitan una localidad y quie-

profesor extraordinario de Anatomía Patológica de la facultad de Medicina de Leipzig, inventor de nuevos e importantísimos métodos para el estudio de la anatomía de los nervios.



Lavanderas, acuarela de J. Ballarini

ren pintar sus costumbres, es la de identificarse con el espíritu de éstas, percibir en ellas lo que constituye la esencia; y así sucede que los que no siendo andaluces, por ejemplo, reproducen escenas de aquella hermosa tierra, si aciertan a copiar la que podríamos llamar parte material de las mismas, nunca logran impresionar tan intensamente como un pintor, quizás de menos talento, que haya nacido y vivido en aquella región privilegiada. Nada hay que estimule tanto la inspiración como el haberse criado en el medio en donde el artista se propone buscar temas para sus composiciones, y de ello es buena prueba el cuadro de Díaz Olano que publicamos. *El regreso de la romería* es la realidad misma; está visto no sólo con los ojos del cuerpo, sino además con los del alma; observado no con la curiosidad del extraño, sino con el amor del que tiene aquellas gentes y aquellas costumbres como cosa propia; y pintado no con el interés del que se propone simplemente trasladar al lienzo una nota pintoresca que por un instante le cautivara, sino con el cariño del que quiere ante todo y sobre todo rendir culto a la tierra en que se deslizó su infancia. Únicamente así puede producirse una obra tan bella, tan real, tan hondamente sentida como la del notable pintor alavés que con tanta justicia llamó la atención en la última Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DUSSELDORF. —En la exposición de bellas artes celebrada este año en Dusseldorf se han vendido obras por valor de 300.000 marcos (375.000 pesetas).

Teatros.—En Munich han terminado las primeras representaciones de los ciclos de óperas de Mozart y Wagner, que han obtenido, en general, una ejecución excelente y han sido puestas en escena con verdadera magnificencia. Se han cantado del primero *Las bodas de Figaro*, *El rapto del serrallo*, *Don Juan*, *Così fan tutte* y *La flauta encantada*; y del segundo *El holandés volante* (*El buque fantasma*), *Los maestros cantores de Nuremberg*, *Tristán e Isolda* y la tetralogía *El anillo del Niebelungo*. El éxito ha sido inmenso.

—En Verona se ha descombrado enteramente el antiguo anfiteatro con objeto de representar en él dramas italianos modernos.

—El notable escritor francés Juan Richepin ha terminado un drama en verso titulado *Don Quijote*, que se estrenará durante la próxima temporada en el teatro de la Comedia Francesa.

Necrología.

—Han fallecido: Dr. D. Delfín Donadiu, notable filólogo y filósofo, catedrático de las lenguas hebrea y árabe de la Universidad de Barcelona, autor de multitud de folletos y opúsculos y de algunas importantes obras, entre ellas una *Metafísica* y una *Gramática Hebrea*.

D. José Gutiérrez de Agüera, diplomático español, embajador cerca de la Santa Sede.

Arnoldo Krug, compositor alemán, profesor del Conservatorio de Hamburgo, director de la Academia de Canto de Altona.

Wassiliy Bilbassof, célebre historiógrafo ruso, profesor de las universidades de Kiew y San Petersburgo.

Otón Brausewetter, notable pintor de historia alemán, profesor de la Escuela superior de Artes plásticas de Berlín.

Gustavo Sixt, arqueólogo alemán, director de la Colección de Monedas y Medallas de Stuttgart, profesor del Gimnasio Carlos.

Carlos Weigert, célebre histólogo y bacteriólogo alemán,



En la academia, dibujo de Pedro Borrell

olvidado que recibieron provechosas enseñanzas de tan excelente maestro. De ahí, pues, que nos creamos relevados de consignar noticias y antecedentes y que al publicar el dibujo que motiva estos renglones, lo hagamos impulsados por el deseo de expresarle el público testimonio de la consideración y de la simpatía que nos merece.

Una maja en 1800, cuadro de Joaquín Agravas.—Ese ayer de nuestra patria, que tantos recuerdos evoca y que tantos atractivos tiene para el artista, también ha seducido varias veces al maestro y decano de los pintores valencianos. Dueño Joaquín Agravas de su brillante paleta, inteligente colorista y hábil en la aplicación de los recursos que aquella podía ofrecerle, ha logrado ejecutar y producir cuadros dignos del mayor encomio, retrayendo épocas que pasaron, presentando tipos, trajes y pormenores que producen indescriptible encanto.

Rodolfo Armando Philippi, célebre naturalista de origen alemán, profesor de la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Chile, fundador y director del magnífico Museo de Historia natural de aquella ciudad y creador del Jardín Botánico.

BOUQUET FARNESE. VIOLET.

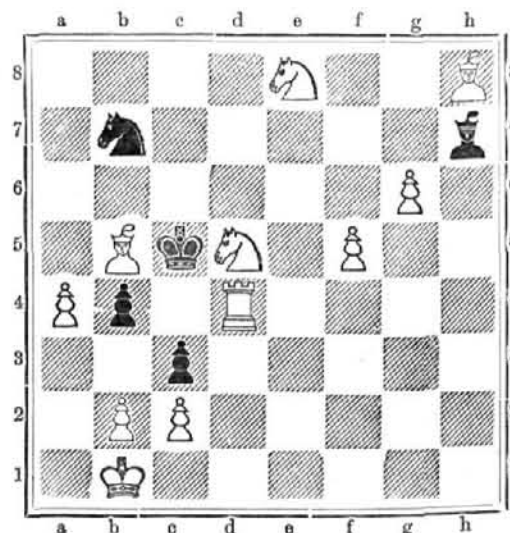
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (continuación):

Envío N.º 8. — LEMA: «Emendatum.»

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Envío N.º 9. — LEMA: «Marina.» — BLANCAS: R h1, D g8, T d4 y f2, Ca6 y h7, Pa4 y e7 (8 piezas). NEGRAS: Re5, T c7, Ah4, Ca7 y e8, Pb3, b6, c3, e6, h5 y h7 (11 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

NOTA. — El autor del problema cuyo lema es «Don Eskil» ha enviado una nueva forma del mismo, solicitando sea la valledera y anulando la anterior. La publicaremos en el número próximo.

SOLUCIONES

Envío N.º 6. — «Ataque.»

1. Te1-c2, c6xb5; 2. Te2-a2, etc. c6xd5; 2. Te2-h2, etc. Re5xb5; 2. Te2-a2 jaq., etc.

Envío N.º 7. — «Vive le roi.»

1. Tf2-e2, c4-c3; 2. Cd5-e7, etc. c6xd5; 2. Ab8-c5 jaq., etc. A juega; 2. Ce3-c2 jaq., etc. g5-g4; 2. Cd5-e3, etc. c6-c5; 2. e7-e8 (D), etc.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Era su mujer una hermosa criatura á la que cogió en pleno desarrollo y que creyó realizar un sueño inesperado al convertirse en la rica señora de Boissier. Su despertar fué espantoso al día siguiente de su entrada en la casa; pero ya era tarde.

Trató entonces de conquistar á su marido por el buen humor, las atenciones y la sonriente docilidad, pero todo fué inútil.

Tenia aquella mujer una hermosa naturaleza, abierta, franca y fácil de conmover. Todo eso era para el dueño de la casa un necio sentimentalismo del que había que desembarazarse más que de prisa.

La infeliz concentró entonces todo su cariño y toda su vida en el niño que había tenido á poco tiempo de casada.

Su Pedro era su única alegría y su pasión exclusiva, y pronto vió que aquel pequeño á medida que iba creciendo la quería más y que era ella todo para él como el todo para ella. Boissier opinó que su mujer educaba muy mal al chico.

Y acaso sintió elevarse del fondo de su corazón un secreto sentimiento de celos y de rencor contra la que monopolizaba de aquel modo al muchacho.

Cuando Pedro tuvo diez años, su padre declaró que había llegado el momento de enviarle al colegio de Grenoble. La madre suplicó á su marido que se lo dejase aún algún tiempo. ¡Interno, tan joven y tan delicado!

¡Enviarle á Grenoble, tan lejos!.. Pero sus razones y su llanto fueron inútiles: Antonio siguió inflexible.

Separada de su hijo, aquella mujer se replegó en sí misma y se hizo indiferente á todo, hasta á los malos humores del que, en otro tiempo, la hacía temblar con una palabra.

Un día Boissier observó que las piernas de su mujer flaqueaban.

—¿Qué tienes?, le dijo; ¿estás mala?

—No sé, pero me parece que me voy á caer.

Al día siguiente tuvo que guardar cama y unas semanas después exhalaba el último suspiro llamando á aquel niño al que no debía ver más.

Antonio Boissier se quedó solo en la casa, encogiéndose de hombros con despreciativa compasión al recuerdo de la pobre mujer á la que, acaso inconscientemente, había martirizado durante doce años.

Después de todo, había realizado su función dándole un hijo.

De este modo había un heredero de Boissier y la propiedad—la finca de la Umbria—no se echaría á perder con un reparto. Las cosas estaban bien así.

Y Antonio Boissier, que no tenía aún cuarenta y cinco años, se volvió más duro para el trabajo y más avaro que nunca, mientras Pedro se instruía en el colegio para salir, ya hombre, bien armado y dispuesto á defender sus tierras y su dinero cuando le llegase la vez.

Pero, en aquel momento, Boissier había conocido otros sentimientos y otras pasiones que las del cam-

pesino encorvado hacia la tierra que es su único amor.

Le habían nombrado alcalde de Saint-Romain y aquel día se había sentido hinchado por una humareda de inmenso orgullo.

Y es que los audaces y los fuertes tienen siempre razón para los tímidos y los flojos, hasta el momento en que los corderos, trasquilados con demasiada brutalidad, se vuelven rabiosos.

Pero ese momento no había llegado, y por mucho

tiempo todavía se debía admirar y temer á Antonio Boissier en aquella región donde él se daba el aire de un Luis XIV enfrente del noble destronado y en la que su propiedad de la Umbria no tenía más rival que la Zarzalera, de la que era vecino medianero.

Esta circunstancia, precisamente, había dado origen á la querrela de Boissier y Girardot, querrela que venía de lejos, pues databa de un día en que tuvieron una violenta discusión á propósito de un poste cambiado de sitio, no se supo cómo ni por quién, y que Antonio quería colocar en un punto que pertenecía á su vecino en buena y hereditaria propiedad.

Pero el tal Boissier perdía la noción de lo justo y de lo injusto cuando se trataba de aquella tierra á la que amaba hasta la inconsciencia.

Recurrieron al juez de paz del cantón, y éste no vaciló en quitar la razón al señor alcalde de Saint-Romain.

Boissier se alzó ante el tribunal de Saint-Marcellin y perdió también el pleito, ya sin apelación posible.

Pero el alcalde tenía preparada una refinada venganza.

En el límite medianero de las dos propiedades, Girardot poseía una hilera de admirables nogales de veinticinco años, en pleno rendimiento, que sobresalían unos centímetros del espacio que se debe dejar entre los árboles corpulentos y la heredad del vecino.

Antonio Boissier le hizo notificar que debía cortarlos á la altura de dos metros ó retirarlos á la distancia reglamentaria, lo que era una ironía feroz, pues no se acortan hasta dejarlos de dos metros unos árboles cuyo tronco mide quince pies de altura hasta las primeras ramas, ni se trasplantan unos nogales de veinticinco años.

Girardot le ofreció una indemnización, pero Boissier se encogió de hombros. Tenía de su parte el *summum jus*, que es también la *summa injuria*, y Girardot tuvo que cortar sus árboles, sus cuarenta y seis árboles, lo que por poco le hace llorar.

Pero desde aquel momento el odio de los Atridas no fué más que tortas y pan pintado comparado con el de aquellos dos hombres, y Luis Girardot pensó que si su vecino había tenido el desquite, él ganaría la buena.

Girardot la estuvo buscando durante tres años.

Y acaso no la hubiera encontrado, pues era el tal un buen hombre sin hiel y sin astucias tenebrosas, si no se la hubiera presentado, apetitosa y seductora, el cura de Saint-Romain, el padre Gaindrón, alto, seco, con aspecto de campesino bonachón, pero astuto como un diplomático de la curia romana.

Poco á poco, entonces, y sin ruido, Girardot menudeó sus visitas al castillo, al que nunca había ido



¿Ha presentado usted ya en el castillo á esta linda niña?

Era el momento en que el partido republicano llegaba al fin al poder en Francia.

Hasta entonces los alcaldes habían sido, de padres á hijos y por un derecho de tradición y de nacimiento, los barones de la Rochere, dueños del castillejo de torres puntiagudas que se levanta en la próxima colina y domina una ladera bastante escarpada.

El barón representaba, naturalmente, las ideas conservadoras, con sus ribetes de reacción monárquica, y desde 1870, Boissier le estaba haciendo una guerra astuta é implacable que le había dado en el pueblo el carácter de jefe de la oposición democrática.

Antonio, por otra parte, desempeñaba ese papel con entera convicción.

Así como el barón representaba la tradición realista, Boissier era jacobino por temperamento y como por herencia. Era de los que reclaman la igualdad á los más altos, sin perjuicio de rehusársela á los inferiores. Quería la libertad... para él; y sólo entraba en escena la fraternidad cuando le daba pretexto en sus conversaciones para quitar el pellejo al señor de la Rochere.

Cuando en unas elecciones Boissier resultó elegido á la cabeza de la lista republicana, nuestro hombre conoció la embriaguez del poder, y perfecto tirano en la alcaldía como en su casa, aterrorizó al ayuntamiento, dirigió el municipio á tambor batiente é hizo decir á los habitantes de Saint-Romain:

—Es todo un hombre, bien mirado, el señor alcalde...

mucho, pues sus gustos y los de su mujer eran muy diferentes de los del barón y la baronesa de la Rochere, que hacían en su palomar la vida fastuosa de los nobles rurales.

La influencia de Girardot en el país era la de un gran propietario que dispone, por sus arrendadores, sus criados y sus proveedores, de unos treinta votos electorales.

Se concertó una alianza secreta entre el castillo y la Zarzalera, y tres meses después, al renovarse la municipalidad, el tirano de Saint-Romain se despertaba al pie de la roca Tarpeya.

Su lista fué derrotada y el barón de la Rochere triunfó al frente de la lista contraria con cuarenta votos de mayoría entre doscientos electores. El barón, pues, volvió a tomar posesión de aquella alcaldía de la que Boissier le había expulsado en otro tiempo, y el padre Gairdrón se vió libre del procónsul que tantas veces le había buscado camorra. Aquel día dijo Luis Girardot a su mujer:

—Es la primera vez que me consuelo un poco de haber cortado mis cuarenta y seis nogales.

Antonio Boissier por poco cae enfermo. Aquella alcaldía era su orgullo y su prestigio, y además, aquel hombrecillo regordete, de hombros cuadrados, pelo gris cortado como un cepillo y cejas enmarañadas sobre unos ojillos penetrantes, tenía la megalomanía de la autoridad.

Antonio, pues, se retiró, no a sus tiendas, sino a su finca de la Umbría, más huraño y más oso que nunca, y cuando supo a quién debía su derrota se contentó con exclamar:

—Está bien. Todo se paga.

Y se fué a regañar a sus labradores.

En aquel momento, su hijo acababa sus brillantes estudios en el colegio de Grenoble.

Aquel muchacho no se parecía en nada a su padre.

Durante los diez primeros años de su vida la ternura de su madre le había dejado en la mente una huella indeleble. Su madre le había iniciado en unas ideas y en unos sentimientos ignorados por Antonio Boissier y muy difíciles de desarraigar después por lo mismo que habían crecido silenciosos y libremente en un terreno reservado en el que nunca el dueño de la casa había hecho la más pequeña exploración.

En el colegio el niño se despertó al contacto de otro mundo intelectual y moral. Para esos muchachos mudos y atentos la historia de otros tiempos está llena de enseñanzas imprevistas, mientras la vida común hace nacer en ellos ideas de generosidad, de lealtad, de franqueza y de amor propio y los sentimientos de valor personal que es respetado ya por los compañeros.

Cuando Pedro Boissier, a punto de acabar sus estudios, vió el momento de volver a Saint-Romain, donde sólo había pasado hacía mucho tiempo los meses de vacaciones y éstos muy tristemente, se preguntó qué era lo que iba a hacer.

Conocía a su padre y ese conocimiento no era tranquilizador. Seguramente, no le acusaba de haber causado la muerte de su madre, a la que tanto había llorado en el dormitorio, cuando nadie le veía, oculto entre las sábanas. Pero sabía que no había sido bueno para ella. A los diez años, la vista de un niño inteligente es implacable. Pedro había visto y no podía olvidar.

Era imposible permanecer en aquella casa para sufrir continuos sofones y vivir en una semiservidumbre en la que se aniquilarían su voluntad, su energía y su valor. Nunca estaría de acuerdo con su padre, de cuyos gustos y de cuyas ideas no participaba y que no le dejaría ni libertad ni responsabilidad ni iniciativa.

Y después de haber hecho brillantemente los exámenes del bachillerato, Pedro declaró a su padre que quería tomar parte en el concurso de Saint-Cyr, para el que estaba bastante preparado.

—¿Para hacerte militar?, exclamó Antonio estupefacto.

—Puesto que tengo que serlo durante algún tiempo, prefiero ser oficial a ser soldado.

Boissier frunció las pobladas cejas reflexionando que la razón no tenía nada de tonta.

Después de todo, los galones halagaban su manía de grandezas.

«Y después, pensó, todavía no le necesito y así verá el mundo y acaso logre de este modo una buena boda... Cuando llegue el momento, yo le haré volver a casa.»

Boissier dió su autorización, pero no debía tardar mucho en arrepentirse.

Brillante oficial, condecorado en Madagascar por un soberbio hecho de armas, enviado a Francia para restablecer su salud, algo alterada por aquel pérfido clima, y estando, naturalmente, en Saint-Romain para pasar su semestre de licencia, Pedro no había

dudado en responder siempre que su padre le decía: —Y bien, muchacho, ya tienes la cruz. Este sería el momento de hacer dimisión. Has obtenido ya de esa gente todo lo que podías esperar, y yo me voy haciendo viejo...

—¿Presentar mi dimisión! ¡Oh!, padre; tiempo tenemos de hablar de eso...

Pero cada vez que Antonio hablaba, veía más claro que chocaba con una voluntad tan obstinada y tenaz como la suya.

A Pedro le gustaba aquella carrera cuya severa disciplina se acomodaba tan bien con la libertad de la mente y del alma. Además se entendía cada vez menos con aquel viejo de ideas congeladas y de carácter agrio.

Era para el joven una preocupación constante el evitar un choque entre aquellas dos lógicas y aquellas dos mentalidades tan opuestas; choque que podía provocar alguna escena penosa que el joven oficial no quería ni podía soportar.

Y Pedro pensaba:

—Seis meses, puede pasar; durante este tiempo mi padre irá por su lado y yo por el mío. Pero permanecer así toda la vida, eso no.

Y esforzándose por escudriñar su conciencia para cerciorarse de que no le acusaba de nada, añadía:

—Mi padre me quiere a su modo; es cierto. Yo también le quiero y estoy pronto a hacer por él todos los sacrificios... todos, menos el de mi dignidad y el de mi porvenir. Por otra parte, desde hace catorce años no ha sentido la necesidad de acercarse a mí. No hago falta a su corazón ni siquiera a sus intereses, sino tan sólo a su vanidad y a sus combinaciones autoritarias. Nada, pues, me impide continuar en la gran familia en que hago la vida íntima que me conviene, donde respiro libremente y donde tengo jefes, pero no amos.

He aquí por qué hacía casi un mes que el teniente Boissier estaba en su pueblo reponiendo su salud, ligeramente quebrantada por el clima de Madagascar. He aquí por qué Graciana no le había visto nunca y por qué ese nombre pronunciado por sus abuelos le produjo a ella también un inmenso asombro:

—¿El hijo de Boissier!

Pero a la joven no le habían hecho cortar cuarenta y seis nogales ni había entrado en su corazón el rencor del abuelo. Graciana no conocía a Boissier más que como un vecino de aspecto un poco huraño que la miraba de reojo cuando se encontraban en el camino.

Así fué que exclamó en un impulso de franqueza:

—Es muy posible que su padre sea un oso; pero él, abuela, es un león, un león generoso, y en cuanto le encuentre...

—Y bien, le das las gracias tú misma y se acaba esta historia.

Habían pasado unos días.

Graciana se había instalado llena de júbilo en su cuarto, que encontraba como siempre, con su aspecto de antigüedad, su aire sonriente, su papel de ramajes pasados de moda, sus muebles de nogal de formas rectas y angulosas, sus cortinas de cretona de flores rojas, convertidas en un color de rosa muy pálido, y sobre todo, con aquella gran ventana desde la que se veían los próximos Alpes que parecían detenidos por el hondo lecho del Isère.

Aquella había sido en otro tiempo la habitación de la tía Camila, de la que nunca se hablaba y cuyo recuerdo, sin embargo, permanecía tan vivo.

Desde allí era un encanto ver, en las mañanas de sol, el aspecto de la granja, con sus vastos locales para la cría de gusanos de seda, con su pozo antiquísimo al pie de un sauce llorón y al lado de un abrevadero al que iban a beber tres veces al día los grandes bueyes de la labor.

La Zarzalera estaba muy cerca del río y la casa de los dueños se apoyaba fraternalmente en las construcciones de labor, en las que pululaban los ganados, en las que los montones de estiércol se ofrecían a los picotazos de las gallinas y en las que por todas partes se veían las carretas y los carros con sus lanzas levantadas.

Las dos construcciones estaban separadas por una tapia que formaba delante de la entrada principal un recinto sombreado por tres hileras de plátanos y continuado por una gran huerta en la que se veía algo agradable en medio de mucho útil.

En las orillas de los rectos paseos había ciertamente rosales, azucenas, geranios y violetas, pero todo esto servía de marco a grandes cuadros de árboles frutales y verduras.

Las tapias, bastante altas, estaban reservadas a los espaldares, cuyas doradas uvas moscateles atraían en septiembre enjambres de avispas, enemigas persona-

les de la señora de Girardot. En el rincón más resguardado, una higuera resistía hacía muchos años los hielos y las nieves del invierno.

A lo lejos se extendían las tierras de labor, rayadas de viñas y rodeadas de nogales, hasta el surco, un simple surco apenas más profundo que los otros, que separaba la Zarzalera de la Umbría.

No había en los alrededores más que un pequeño caserío que se llamaba La Espinosa, a causa sin duda de sus malezas más agrestes, y que desaparecía casi en la gran hendedura al lado del camino del vado del Isère.

Graciana organizó en seguida su nueva existencia.

Un día dijo a su abuela:

—Ya no soy aquí una señorita de la ciudad que está en vacaciones, sino una campesina en su casa. ¿Verdad, abuela, que estoy en mi casa?

—¡Ah! Hija mía, bien lo sabes.

—Entonces enséñame lo que debe hacer en su casa una campesina.

Y para la buena anciana fué un gozo casi perfecto el ver a aquella muchacha correteando a su lado, alegrándole con la música de su voz juvenil y maravillándola por su facilidad para aprender el oficio de ama de casa.

—No, hijita, le decía; no es un oficio, sino un arte, una ciencia que hacen más encantadoras y más amadas a las mujeres. Cuando yo te lo digo, Graciana, es porque lo sé.

Y desde los primeros días empezó a iniciarla y a abrirla los profundos armarios llenos de ropa blanca que olía a lirio (el lirio da al lienzo un perfume mucho más fino que el espliego), a disertar con ella sobre la próxima lejía y a calcular los más lejanos tarros de dulce...

—Y después, decía Graciana, tendré el piano, mis dibujos, mis libros...

—Tu piano y tus libros llegarán en pequeña velocidad... Tu dibujo..., tu dibujo... ¿Qué es lo que quieres dibujar aquí?

—Cualquier cosa... tú, el abuelo, la casa, la huerta... Y, en el campo, los encinares...

Esto hacía casi fruncir las cejas a la buena señora. ¡El dibujo!.. ¡La pintura! Eso era lo que había perdido a la pobre Camila, y la anciana guardaba un rencor feroz a todas esas cosas.

Pero, en fin, la señora Girardot no podía decir a su nieta lo que pensaba de un arte de adorno que ella consideraba como una invención diabólica, y se contentó con responder:

—Todavía hace demasiado fresco en los encinares; más vale que esperes al rigor del verano.

Además, no dejaba tiempo a Graciana para pensar en esas fruslerías.

Su enseñanza doméstica era una distracción poderosa y atractiva que seducía a la joven por su novedad, por su importancia y por su actividad.

Y Graciana esperaba con paciencia el piano y los cajones de libros mientras aprendía a amasar la pasta para las tortas y visitaba el gallinero, la conejera y el frutero.

—Porque en una casa, querida mía, hay siempre qué hacer en todas partes, decía la viejecita de rosadas mejillas y cabello de plata.

Aquel día volvían las dos de los establos, en los que había, desde el día anterior, una nueva pensionista, una linda ternera blanca y bermeja, con su hocicuito de color de carne y sus ojazos negros con pestañas de albino, encaramada sobre unas patas todavía demasiado largas y a la que su madre lamía suavemente mientras ella se colgaba de la ubre y le daba frenéticas cabezadas.

Al entrar abuela y nieta en el comedor, que también servía de sala (así lo habían encontrado establecido y nunca habían pensado en modificarlo), vieron la sotana negra, la cara beatífica y sonriente y la barbilla mal afeitada del señor cura.

El padre Gairdrón iba a hacer a sus excelentes feligreses una de las visitas de las que siempre sacaba algo de provecho.

—Para los pobres, le decía discretamente la dueña de la casa.

Y el bueno del cura, que no estaba tampoco en la opulencia, no la contradecía al alargar, también discretamente, la mano izquierda, que debía ignorar el empleo que daría la derecha a las liberalidades de aquella señora.

El cura estaba en gran conversación con Girardot y dijo al ver a Graciana:

—Aquí tenemos a mi nueva feligresa... Ya sé, señorita Graciana, que ha tenido usted la buena idea de venir a traer la alegría a esta casa y que su señor padre se ha prestado a ello con toda la bondad de su corazón. Tanto mejor para todo el mundo. Mejor para la parroquia y mejor para el castillo, donde se verá con frecuencia una cara agradable más.

Y añadió después de una pausa:

—¿Ha presentado usted ya en el castillo á esta linda niña?

—Todavía no, señor cura; acaba de llegar.

—Está usted en muy buena amistad con el señor barón para que tarde mucho tiempo en hacerlo. La amistad de los padres se extenderá á los hijos y esto regocijará la vista del pastor, mi querida señora de Girardot.

Se habló de otra cosa y pronto se despidió el padre Gairdrón. Pero después de acompañarle hasta la puerta y de haberle visto desaparecer en el recodo del camino, Graciana preguntó riendo:

—¿Tan amigos somos de los barones de la Rochere?

—Sí, hija mía. Ya sabes que el barón ha vuelto á ser alcalde gracias á tu abuelo. Y dentro de tres meses le volverán á elegir gracias á él.

—¿Va á haber elecciones?

—Sí; hace ya cuatro años que se hicieron las últimas.

—¿Y vais á menudo al castillo?

—Yo no; me aburro allí un poco... Pero tu abuelo va mucho. Son unos vecinos encantadores, y en efecto, esa relación será agradable para ti.

—¿Por qué?

—Porque la casa es muy alegre desde que ha vuelto Daniel.

—¿Ha acabado su carrera de Derecho?

—Hace mucho tiempo.

—¿Y ha vuelto... definitivamente?

—Dicen que sí... Fuerza será que se vuelva formal un día ú otro.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco ó veintiséis años, más bien más que menos. Sin embargo, estaba en el colegio al mismo tiempo que el hijo de Boissier. Parece que los estoy viendo con sus quepis y sus levitas de botones dorados. En aquel tiempo hasta se tuteaban.

—No deben de ser ahora tan amigos...

—¡Ca!...

Pero llegaban á la casa y la abuela dijo:

—Ahora no se trata de eso. La clueca roja no ha comido hoy todavía. Ven; vamos á quitarla de encima de los huevos; sería capaz de morirse de hambre, el animalito.

Mientras tanto, el padre Gairdrón se dirigía hacia su casa lentamente y tan preocupado, que no veía siquiera á los muchachos que corrían por los campos para salirle al encuentro en el camino y decirle, quitándose el sombrero con ostentación:

—¡Buenos días, señor cura!

El padre iba pensando en cosas que no debían de ser desagradables, pues á veces se sonreía y hacía un ademán persuasivo, como si destruyese alguna objeción con una respuesta contundente.

Hasta llegó una vez á murmurar:

—¡Buen asunto! ¡Excelente negocio!...

Y cuando llegó á su casa, en la plaza del pueblo, dijo entreabriendo la puerta:

—María, voy al castillo.

—Pero ¿vendrá usted á cenar, señor cura?

—No lo sé, hija mía; ya lo verá usted.

Y muy vivaracho, frotándose las manos con ese ademán que se puede llamar eclesiástico, hasta tal punto es peculiar de curas y religiosos, tomó el camino que sube suavemente hasta el castillo.

Tiene bastante buen aspecto, aquel castillejo de la Rochere, cuando los puntiagudos tejados de sus cuatro torrecillas brillan al sol de un hermoso día.

La colina, convertida en parque, está rodeada de una buena tapia, y la verja de entrada tiene carácter y amplitud y no huele á nueva ni á falsificada.

En efecto, los barones de la Rochere estaban ya allí hacia varias generaciones cuando, en 1793, el bisabuelo de Boissier compró sus más hermosas fincas por un puñado de asignados adquiridos por menos de la centésima parte de su valor nominal.

En aquellos tiempos el dueño del castillo había

emigrado prudentemente, y cuando volvió, después de Termidor, tuvo la suerte de encontrar su castillo intacto, con gran parte de sus tierras, pues sólo Boissier había tenido la audacia de comprar algunas de ellas.

El barón, noblezuelo de provincia, cobró muy poco de la indemnización de los emigrados, pero, sin embargo, cuando murió lleno de años, legó á su hijo una propiedad todavía bastante redondeada. Este murió á su vez sin amenguarla ni aumentarla, y actualmente la tenía su hijo, esperando dejársela—lo más tarde posible—á su único heredero, á aquel Daniel cuyo recuerdo acababa de evocar el cura en casa de Girardot.

¿Pensaba el padre Gairdrón en estas cosas del pasado cuando, como conocedor, hizo funcionar el secreto de un postigo que se abría en la verja?

¿Era su preocupación muy distinta cuando tomó por el paseo central que conduce al castillo?

Ello es que sin dejar de tener consigo mismo una conversación animada con enérgicos gestos, llegó á

nor de decir, muy inteligente y muy agradable. Y sin que esto sea ofender á la nueva señora de Delestang...

—Cree usted que le gusta tener lejos de ella esa belleza y esa inteligencia; ¿no es eso?

—Las cosas, por otra parte, se han arreglado de un modo enteramente amistoso. Nada más natural que confiar la chica á los pobres abuelos, tan solos y tan necesitados de cariño...

—Sí. ¿Y qué más, señor cura?

—Pues hay, señor barón, que se presenta una dote que con las esperanzas, no, me expreso mal, con las previsiones seguras, no estará lejos de quinientos ó seiscientos mil francos, ó acaso más...

—¿Tanto como eso?

—Cuente usted: la fortuna de su madre, la mitad, por lo menos, de la herencia de los abuelos, y la del padre, que no ha tenido más hijos en los diez años que hace de su segundo matrimonio.

—¡Diablo! Es verdad...

—Y yo he pensado: He aquí una joven que llega

á Saint-Romain. Sus primeras impresiones serán seguramente las más vivas. D. Daniel tiene todo lo necesario para agradar, y yo sería tan dichoso viendo que las dos casas más importantes de la localidad...

—¡Hombre, hombre! Es cosa de reflexionarlo, en efecto. Ya sabe usted mi situación..., que no tengo para qué ocultar.

—Justamente por eso pensaba yo que la pequeña desigualdad de clase...

—¡Oh! La desigualdad...

Y el barón echó al aire una bocanada de humo muy elocuente, mientras el cura seguía diciendo:

—Haciendo las cosas con prudencia y habilidad...

—Pero, ¿querrá Daniel?

—Hágale usted ver la joven, señor barón.

—¿Tan linda es?

—Señor barón, yo entiendo poco de eso y acaso me salgo un poco de mi carácter hablando de tales cosas... Pero, añadió el clérigo soltando otra bocanada igual á la del barón, D. Daniel sería muy descontentadizo..., y sé de otras que le han gustado, y mucho...

—¡Ah! El malvado...

—Y no servían ni para descalzar á Graciana Delestang. Esta es mi opinión.

—¡Diablo, diablo! ¿Cree usted, entonces, que convendría hablar á Daniel?

—Sin tardanza alguna, señor barón.

—Si usted le dijera dos palabritas...

—¿Yo? No; eso le haría desconfiar.

—¿Por qué?

—Porque creería en seguida que la muchacha era una..., una..., no sé cómo decir...

—Sí, dijo el barón riendo; una santurrón, y no es cosa que halagaría á mi señor hijo...

—¡Ay, no! Pero, en fin, para hacer que se case con una buena cristiana, poco importan los medios con tal de llegar al fin. La hija de Delestang acaba de salir del Sagrado Corazón de la Ferrandiere y ya sabe usted las opiniones y las ideas de nuestros excelentes vecinos. Es una joven sin tacha.

—Pero ¿querrán ellos á Daniel?

—¡Usted se chancea, señor barón!

—Es que... Daniel está lejos de ser «sin tacha», en el sentido que ellos deben de comprenderlo. Es un guapo muchacho, eso sí... Pero su soltura..., sus fechorías... ¡Ah, mi pobre cura!; usted no sabe lo que ya nos ha hecho pasar... Si le dijera á usted que la semana pasada, sin ir más lejos... ¡Ah, maldito dinero! Y la baronesa y yo estamos obligados á andar con tiento... El gasto de la casa, las malas cosechas, los arrendadores que tardan en pagar... Y Daniel con sus bolsillos rotos, por los que se le va el dinero... Apenas nos llegan nuestros recursos. Mientras tanto, los impuestos aumentan y el capital produce cada vez menos. Con veinticinco mil francos de renta se tiene lo que hace treinta años con doce mil.

(Continuad)



La mirada del barón se cruzó con la del cura

una especie de jardín inglés rodeado de una tapia á altura de hombre y adornado de tiestos, al que se llamaba pomposamente «el patio de honor» porque había que pasar por él para llegar á la escalinata de acceso al castillo.

Al llegar allí, el cura vió al jardinero y le dijo:

—Claudio, ¿está en casa el señor barón?

—Sí, señor cura.

—¿Tiene gente?

—No lo creo...

—Pregúntele usted si quiere hacerme el honor de recibirme.

—Ya sabe usted, señor cura, que para usted hay siempre entrada franca. Venga conmigo.

Un momento después el padre Gairdrón era introducido en una especie de despacho y biblioteca en el que se refugiaba casi siempre el barón cuando no estaba corriendo por sus tierras.

Era el tal un hombre rechoncho y sanguíneo, rubio en otro tiempo y ahora canoso, y que acogía á la gente con jovialidad y sin cumplimientos.

Aquella franqueza no era afectada, pero tenía como compensación unos ojillos azules que no podían menos de mirar á la delfinesa, es decir, hasta lo más hondo de lo que se le quisiera ocultar. En el fondo, el barón era un buen hombre, vividor y optimista, pero que no olvidaba que los negocios son los negocios.

Al ver al cura le ofreció un cigarro.

—Ande usted, padre, le dijo, estamos solos y sé que le gustan á usted.

—Usted me tienta, señor barón.

—Y así podré yo encender la pipa. ¿Qué le trae á usted por aquí?

—Vengo de casa del Sr. Girardot.

—¿Cómo está?

—Y su nieta, Graciana, es una guapa muchacha.

La mirada del barón se cruzó con la del cura.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque la chica está aquí... para quedarse sin duda hasta que se case.

—¡Ah! Usted cree...

—Sí. Tiene una madrastra joven; ya lo sabe usted; y la muchacha es muy linda, como he tenido el ho-

EL AUTO-VOLADOR

La conquista del aire por «lo más pesado» es, en concepto de muchas personas competentes, la única solución práctica de la navegación aérea; y esta opinión ha sido confirmada por multitud de experimen-



Fig. 1. - El primer aparato auto-volador

tos interesantes, pudiendo preverse que los que tratan de resolver este problema, que son cada día más numerosos y más convencidos, acabarán por realizar un día u otro su sueño dorado.

En la actualidad se organiza precisamente, bajo la dirección de M. Archdeacon, una tentativa de conjunto para estimular el celo de los inventores, iniciativa tomada a consecuencia de notables resultados obtenidos por Chanute, Langley, Wright, Ferber y Archdeacon y que merece ser apoyada. En todas partes surgen nuevos proyectos que prometen para un porvenir muy próximo una serie de experimentos curiosos.

M. Félix Faure, que por modestia oculta su nombre bajo el de M. Remy, obsesionado, como tantos otros, por el deseo de aportar su piedra al naciente edificio, ha realizado varias tentativas y ensayos de los cuales vamos a ocuparnos en el presente artículo.

Partiendo del principio de que el problema de la navegación aérea no puede resolverse sino después de haber determinado sucesivamente las tres fases del mismo, «elevación», «carradura» y «propulsión», el inventor se ha dedicado hasta ahora exclusivamente a buscar los medios a propósito para permitir la elevación, ensayando uno tras otro diversos sistemas de hélices cuyas transformaciones mejoraron poco a poco la producción de energía. El primer aparato, concebido en 1901, se componía de seis hélices que formaban molinete. M. Godard, el conocido aeronauta, no vaciló en poner su experiencia y sus talleres a la disposición del inventor e hizo personalmente el primer ensayo instalando debajo del aparato un juego de pedales de bicicleta a fin de calcular el aligeramiento producido por la rotación de las hélices (figura 1). Este aligeramiento fue primeramente de tres kilogramos, después aumentó hasta siete con cuatro hélices y con dos hélices solas llegó a catorce. No era, pues, necesario multiplicar las alas: el experimento demostraba la conveniencia de emplear dos solamente.

De esto a reemplazar los músculos de M. Godard por un motor de petróleo no había más que un paso, y el resultado fue obtener un aligeramiento de veinte kilogramos (fig. 2).

Entonces las hélices sufrieron una modificación basada en datos científicos, y en el mes de septiembre de 1902, el aparato, provisto de dos alas grandes y dos pequeñas, con un peso total de 72 kilogramos, pudo levantar 30.

Construyóse luego el modelo actual con un motor eléctrico de unos nueve caballos de fuerza y construido expresamente para los experimentos que había de realizar la sociedad Postel-Vinay. El eje del motor, colocado verticalmente, termina en su parte superior en dos alas de 1'10 metro de radio, cada una con una superficie de 0'40 metro cuadrado. Las dos alas grandes van montadas al extremo de un tubo que rodea al eje en cierta longitud, tienen una superficie de 0'60 metro cuadrado y reciben su movimiento por medio de engranajes de aluminio y giran

en sentido contrario a las primeras y con menor velocidad media.

Para medir el aligeramiento del aparato en marcha, se le suspende por medio de un cable de acero a dos poleas clavadas en una viga del techo del sector de Levallois-Perret (fig. 3), en donde actualmente se encuentra; el extremo libre del cable lleva un rosario de pesos que equilibran el peso de la máquina. El auto-volador se ha elevado en varias ocasiones a dos metros de altura, dejando en el suelo unos 85 kilogramos aproximadamente. La hélice pequeña da unas 400 vueltas y la grande unas 200, y ambas permanecen rígidas durante la rotación mediante unas cintas de acero fijadas en el sustentáculo en vez de los cordones habituales cuya insuficiente solidez se había comprobado. Estas hélices oponen al aire una gran resistencia y provocan un remolino que no permite a los curiosos acercarse al aparato. Durante estos experimentos se comprobó que el aleteo de las alas inferiores no influye en la producción de energía.

¿Cuál es el porvenir de este aparato? Temerario sería predecirle desde ahora la conquista de la atmósfera. Es tan sólo un embrión de aviador que seguramente se completará y adquirirá, merced a serios y metódicos estudios, lo que le falta, a saber, los planos de carradura y la propulsión. Pero está probado desde luego que el auto-volador se eleva; y mientras se realizan las otras dos condiciones mencionadas, bien merecen ser felicitados los Sres. Faure, inventor, y Godard y Perret, ingenieros de la sociedad Postel-Vinay, que han compartido sus trabajos y que parecen dispuestos a seguir prestandole su valiosa colaboración.

LUCIANO FOURNIER.

EL ZUMO DE LIMÓN COMO ANTISÉPTICO

Existe una opinión muy corriente que pretende que el zumo de limón añadido al agua potable hasta

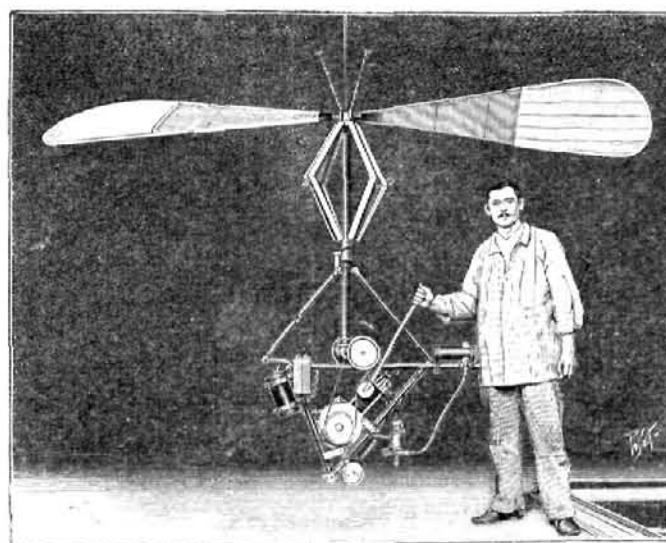


Fig. 2. - Un ensayo de aleteo con un motor de petróleo

para ejercer sobre ésta una acción antiséptica eficaz, para destruir los gérmenes que pueda contener. Recientemente se sometió esta cuestión al Consejo de higiene de Buffalo para que la resolviera de una manera definitiva, estudiándola especialmente desde el punto de vista de los gérmenes de la fiebre tifoidea. Los periódicos de gran circulación habían dicho que los bacilos de esa terrible enfermedad no podían subsistir en la limonada, tan común en los Estados Unidos, y cuya base es el ácido cítrico.

En vista de esto, encargóse a un bacteriólogo, Mr. Guillermo G. Bissell, que estudiara el asunto y recurriera a diversos métodos para llegar a una certidumbre absoluta en uno u otro sentido. En un primer ensayo se tomó un vaso de agua esterilizada y destilada y se le echó el zumo de medio limón grande bien estrujado, lo que venía a constituir una limonada de las más fuertes; después se introdujo en este líquido un centímetro cúbico de un cultivo de bacilos tíficos que tenía 48 horas. Al cabo de 5, 10, 15, 20 y 25 minutos respectivamente, se recogió un centímetro cúbico de la limonada sembrada de este modo y estas muestras se introdujeron en tubos que contenían caldos de agar ó de agar con lactosa ó caldo ordinario, y todos los tu-

bos, excepto los que tenían gelatina, fueron expuestos a una temperatura de incubación igual a la del cuerpo humano. Al cabo de 24 horas, las formaciones nublosas características aparecían en todos los tubos, salvo en algunos en los que no se pudo comprobar ningún desarrollo de los cultivos de bacilos.

Desgraciadamente, este método de ensayo del poder antiséptico de la limonada no parece ser muy seguro, en el sentido de que los organismos patógenos, allí donde no pululaban, no habían sido muertos por la supuesta acción microbicida del zumo de limón, sino que el ácido libre había simplemente impedido la multiplicación de esos gérmenes.

Ensayóse entonces un segundo método. Preparáronse caldos de cultivo de bacilos tíficos, de 48 horas, y en cada uno se introdujo una varita de cristal esterilizada; al cabo de algunos minutos, sacáronse estas varitas y se colocaron en un tubo de ensayo, también esterilizado, de modo que se secaran todas las materias que habían podido quedar adheridas a las mismas. Se preparó entonces una mezcla de agua con zumo de limón como en el primer caso, pero sin la adición de bacilos tíficos, y en ella se sumergieron las varitas de cristal con los gérmenes, las cuales fueron retiradas al cabo de 5, 10, 15, 20, 25, 30, 35, 40 y 50 minutos y colocadas en tubos que contenían 10 centímetros cúbicos de agua esterilizada y destilada cada uno. El objeto de este procedimiento era, como se comprenderá, hacer desaparecer todo el zumo de limón que pudiera haber quedado adherido a las varitas. Después que estuvieron bien lavadas merced al contacto con aquella agua destilada, se las sumergió en un caldo de cultivos ordinario, dejando caldo y varitas a la temperatura de incubación conveniente. Al cabo de 24 horas los bacilos habían pululado.

Esto era ya una buena demostración de la poca eficacia antiséptica de la limonada.

Pero a fin de llegar a una demostración más concluyente aún, se recurrió a un tercer método. Se tomaron varios hilos de seda y se les saturó con un cultivo de bacilos tíficos de 48 horas; luego los introdujeron en la limonada y al cabo de 12 horas de inmersión se les introdujo en agua destilada y esterilizada. Después de sometidos a este lavado, se les puso en un caldo de cultivo ordinario. El experimento se hizo con 23 hilos y en ninguna de estas pruebas paralelas dejó de observarse la pululación de los bacilos.

Puede, pues, deducirse de los ensayos de los bacteriólogos de Buffalo, de una manera positiva, que es muy escasa la acción germicida del zumo de limón en la dosis en que se emplea en la limonada, y que, por consiguiente, no hay que esperar por este medio la inmunidad del contagio de la tifoidea por el agua potable.

Hemos querido dar a conocer estas conclusiones precisamente porque están en completa contradicción con las de los bacteriólogos europeos. ¿Quién tiene razón? Antes de emitir una opinión definitiva, sería conveniente realizar nuevos experimentos de comprobación. El asunto es tanto más importante cuanto que está casi generalmente admitido que el

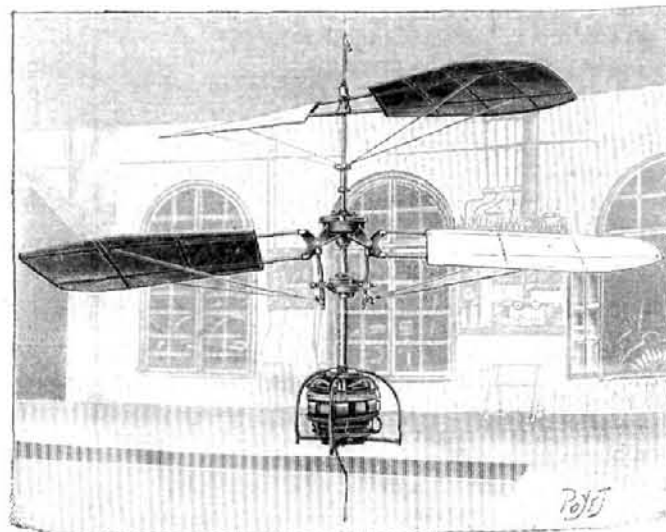


Fig. 3. - El auto-volador en el sector eléctrico de Levallois

ácido cítrico goza de propiedades bactericidas indudables.—D. B.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

CUATRE FLORES, por *Francesch Marull*. — El notable poeta Sr. Marull ha reunido en un folleto cuatro de sus poesías premiadas con la Flor natural en certámenes celebrados en San Feliu de Guixols, Barcelona y Olot. Son composiciones inspiradísimas, fáciles y armoniosamente versificadas, cualidad que está además avalorada por esa intensidad de sentimiento que caracteriza a los verdaderos poetas. El folleto ha sido impreso en Palafrugell en la tipografía de Joanola y Ribas.

EL PATRIARCA DON JUAN DE ARAGÓN. SU VIDA Y SUS OBRAS. — Tal es el título del hermoso discurso que ante la Sociedad Arqueológica de Tarragona leyó el socio de la misma D. Ignacio de Janer y de Milá de la Roca, quien ha dado muestra de sus aptitudes para llevar a cabo importantes trabajos de investigación, cual representa y significa el á que nos referimos. Noble misión se impuso nuestro amigo, puesto que indudablemente persiguió el propósito de dar á conocer la venerable y simpática personalidad del Patriarca, hijo tercero del rey D. Jaime II de Aragón y de D.^a Blanca de Anjou, y tío por lo tanto de D. Pedro el Ceremonioso. En el trabajo de nuestro amigo agrandase la figura del infante-arzobispo, puesto que las consideraciones expuestas halláanse robustecidas por los documentos que figuran en el apéndice. Bien merece un aplauso el Sr. Janer, no sólo por lo que su obra representa, sino también por la forma en que la ha publicado, ya que ha de estimarse como una gallarda y valiosa manifestación bibliográfica. Forma un volumen de 120 páginas, impreso en papel de hilo, ilustrado con dos hermosas fototipias, avalorado por una artística encuadernación proyectada por el distinguido artista Sr. Riquer, de quien es asimismo obra el ex-libris que al final del libro figura.

DE ETAPA EN ETAPA. — EL CENTRO CATÓLICO ALEMÁN, por *Monsieur A. Kaemengieser*. — El libro á que nos referimos, cuidadosamente vertido á nuestro idioma por el distinguido escritor D. Modesto Fernández Villaseca, tiene antecedentes y noticias acerca de la admirable organización de aquel centro, que tan poderosa influencia ejerce en las agrupaciones obreras, según lo justifican las manifestaciones de la vida política del pueblo alemán. Véndese en las principales librerías.

EL MONASTERIO DE PORLET, por *Adolfo Alegret*. — Aplauso merece el erudito publicista por el interesantísimo estudio que acaba de publicar acerca del histórico cenobio, que condensa, en cierto modo, las gestas catalanas durante un largo período. El trabajo realizado por el Sr. Alegret, resultado de pacientes investigaciones, ha de ser de gran utilidad, pues aporta



Una maja en 1800, cuadro de Joaquín Agrasot

nuevos datos y antecedentes que sirven para fijar con exactitud la historia del monasterio, que nos presenta tal y como se hallaba al ocurrir su vandálica destrucción. Avalora el libro un capítulo muy curioso, dedicado á dar á conocer los signos marcados por los constructores en los sillares del monasterio y en las catedrales de Tarragona y Barcelona, figurando también un notable prólogo escrito por el distinguido académico don Eduardo Saavedra. Ilustran el libro, que ha sido pulcramente impreso en la tipografía de los Sres. Salvat y C.^a, varias vistas del monasterio, vendiéndose en todas las librerías al precio de cuatro pesetas cada ejemplar.

RESUMEN DE LA HISTORIA DE ESPAÑA, por *Nicolas Estévez*. — Forma parte este volumen de las publicaciones de la *Escuela Moderna* y responde, por lo tanto, á los fines que persigue dicha institución. Despojado el libro de convencionalismos, ha procurado el autor presentar lo que con carácter positivo ofrece la historia, contribuyendo á avalorar el trabajo llevado á cabo por el Sr. Estévez las notas editoriales que completan indudablemente los conceptos. Véndese el libro al precio de dos pesetas cada ejemplar en la Librería Española, Rambla del Centro, 30.

MEMORIA DEL HOMENAJE Á D. RAMÓN BATLLE Y RIBAS. — Digno remate ó complemento del solemne y hermoso acto realizado en el Fomento del Trabajo Nacional el 14 de junio del año último, por los discípulos y admiradores del ilustre profesor de la *teoría del tejido*, es la Memoria á que nos referimos, digna á todas luces de cuantos han contribuido á enaltecer á un profesor eminente, dando así muestra de verdadero patriotismo. Forma la Memoria un folleto de más de cien páginas, esmeradamente impreso en la tipografía de L. Clavero.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Mercurio, revista mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal; *Hojas selectas*, revista mensual ilustrada; *Vida*, publicación quincenal (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, publicación mensual (Villanueva y Geltrú); *Gaceta de Ferrocarriles y Navegación*, revista decenal; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, publicación quincenal; *La Medicina Valenciana*, revista mensual; *El Comercio Marítimo*, revista semanal (Almería); *El Lucero*, revista semanal ilustrada; *La Razón*, diario (Lima); *Boletín Meteorológico del Observatorio Mnor. Lasagna* (Buenos Aires); *Chile Ilustrado*, revista mensual; *El Pensamiento Latino*, revista quincenal (Santiago de Chile); *Boletín Militar de Colombia*, publicación semanal (Bogotá); *Telgrafos y Teléfonos*, publicación mensual (San Salvador); *El Republicano*, diario semi-oficial (Tegucigalpa, Honduras).

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra



ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO Y PLATA.

MARCA DE FABRICA
REGISTRADA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — PRECIO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!

Tratad de curaros con la Legítima

PISTOIA

PLANCHE

(DOS SIGLOS DE ÉXITO)

No contiene ni Colchico,

ni sustancia venenosa.

CURA LA GOTA

el Reumatismo, el Artrismo,

la Diabetes, las Enfermedades

del Hígado y de los Riñones.

F. PLANCHE

en Marsella (Francia).

En todas las Farmacias bien surtidas.



Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



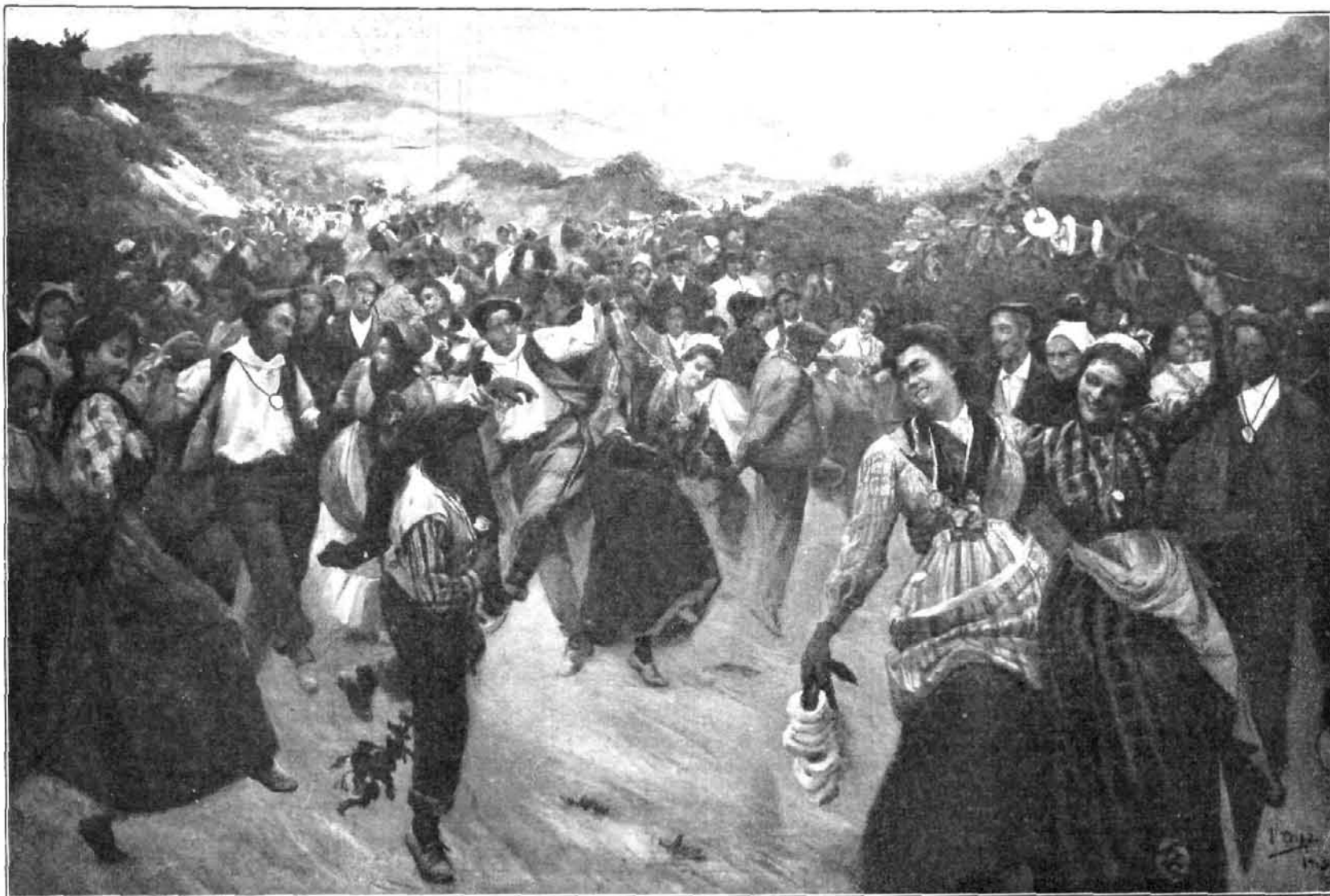
VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Espustos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



La vuelta de la Romería, cuadro de Ignacio Díaz Olano. (Exposición General de Bellas Artes, Madrid, 1904.)

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos
Siete Medallas de ORO

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. París, 20 et 22, rue Drouot y FARMACIAS Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre purgativo vegetal prescrito
por todos los médicos en los casos
de: Enfermedades de la Piel, Vicios
de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El
mismo al Yoduro de Potasio. Para
evitar las falsificaciones ineficaces,
exigir el legítimo. — Todas Farmacias.

ENFERMEDADES
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

AVISO A
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SEGUN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los
sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXIJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Frasco 5 fr.
en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES ET C^{ie} 8^e St-Denis

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Centra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Centra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro Inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Centra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exigase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, emplease el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN